

**El día en que la noche  
se instaló para siempre**

**Santiago Ángel Rodríguez**

## Prólogo

*“El periodismo al que me dedico, que es el escrito, de plumilla, de articulista y reportera, es un género literario como cualquier otro, equiparable a la poesía, a la ficción, al drama, al ensayo. Y puede alcanzar cotas de excelencia literaria tan altas como un libro de poemas o una novela” Rosa Montero.*

En la entrega del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar 2017, el presidente de jurado, Julio César González, el caricaturista conocido como *Matador*, dijo en su discurso: “Todo escritor no debe ser periodista, pero todo periodista debe ser escritor”. Esta frase, ambientada por la reflexión del estado de salud del periodismo colombiano, en el fondo reclamaba una inquietud: los periodistas necesitamos letras, palabras, libros y literatura. No porque sea una obligación entenderse con el género literario, sino porque el periodismo, puro y duro, aunque muchos no lo crean, está salpicado por literatura.

Esta línea, justamente, ha sido compartida por muchos escritores que transitan en el periodismo y la producción literaria. Bastaría leer, por ejemplo, a Ernest Hemingway, Winston Churchill o García Márquez. Los tres Premios Nobel de literatura, los tres periodistas. Resultado de ello, es que la palabra periodista es un traje que muchas profesiones ejercen. La discusión entre el oficio y la profesión inevitablemente está orientada al qué hacer del sujeto. A lo que el cronista Alberto Salcedo Ramos resume como gastar suela de zapato. Un periodista, dice él, se mide por la cantidad de zapatos que gasta en el año. De manera que, si quisiera resumir el origen del autor de esta novela, diría que es un escritor. Un escritor que a veces escribe no ficción —término anglosajón—, otras veces ficción y que compra muchos pares de zapatos al año.

Santiago Ángel ha transitado por diferentes caminos del periodismo. Ha hecho televisión, radio y prensa. Esto ha generado un panorama amplio del ejercicio periodístico. Tan amplio, les digo, que para mí el autor quiere volver al ejercicio primario del periodismo, que es narrar historias y hacer reportería. En un interés honesto con sus aficiones y deseos, Santiago nos presenta una novela que resume todo lo anterior que acabo de decir: *Diario de un periodista bogotano. El día en que la noche se instaló para siempre*.

Pero, además, esta novela revela el cuidadoso ejercicio de presentar, desde la ficción, un retrato del momento que vive el país. Aquí podemos encontrar personajes genialmente logrados que refuerzan la idea de fondo del relato: no hay muertos malos y buenos. Aquí hay conocimiento del terreno por el cual la violencia, la política y el poder, ha permeado todas las esferas de la sociedad. Salvo que, me adelantaría a decir, sin dañar la lectura, que, para el protagonista de esta historia, el periodismo debe plantarse como contra poder.

Este libro no solo se convierte en uno de los tantos ejercicios de memoria que debe tener el país sobre el conflicto armado durante más de 50 años, sino que magistralmente narra esos pequeños conflictos que se cuelan por las lluviosas calles de Bogotá, por las luces de alumbrado público que lo han presenciado todo, por los andenes con cicatrices y huellas, una ciudad donde la noche se ha instalado para siempre. En el fondo esta novela propone pensar a Bogotá, también, como una ciudad donde se concentran muchas de las historias de las regiones que han tenido que desplazarse para buscar otros caminos.

La novela de Santiago y sus ideas de escritor, casan perfecto con la idea del escritor comprometido. Esta figura liderada por intelectuales como Mario Vargas Llosa o el mismo García Márquez, que desde orillas diferentes sentaron la base de que el arte, como arte, es una forma de lucha, pero también lo es plantar una posición. En esta novela el autor deja ver posiciones de los personajes sobre la

guerra, la política, la guerrilla, el campo, la selva, las regiones, la ciudad que no conocemos. Nos propone como lectores un reto para no soltar el libro porque cada capítulo es como una punzada al corazón que nos deja heridos, pero al mismo tiempo, qué paradoja, nos convierte en masoquistas: queremos más, conocer más, ampliar más algunas realidades desconocidas.

Este libro es, en fin, necesario para entender que la memoria del conflicto no solo se construye desde lo obvio que es la realidad, sino que el arte y la ficción juegan un papel vital para reconstruir los tejidos de este país herido a bala. Casi que, por coincidencia, leer a Santiago es confirmar lo que García Márquez nos decía en el año 82 en *La soledad de América Latina*: “Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra”. Yo me atrevería a asegurar que la novela se reconoce en esa frase, con el fin último, la utopía de la vida, la posibilidad de un país mejor que conserva historias escondidas, con que cada día debe haber no solo segundas oportunidades, sino terceras, cuartas, quintas, infinitas. Solo que yo creo que nada de eso sería posible, si alguien en el presente, no hubiera asegurado que la noche se instaló para siempre.

**Nicolás Rivera Guevara**

Periodista.

## **Capítulo 1**

### **Diario de un periodista bogotano**

En Youtube se reproduce una canción del francés Erik Satie y siento que esa melodía realmente me hace sentir en una profunda calma. En el fondo se alcanzan a escuchar las voces de los directores del programa radial más escuchado del país, que dicen cosas con un cierto grado de indiferencia por la realidad. No me interesa. Yo estoy embebido en la música de Satie y extrañamente me siento feliz. Hoy tuve que recibir la incómoda llamada de una chica de una agencia de comunicaciones que decía ofrecerme un gran tema para que sacara en la emisora. Se trataba nada más y nada menos que de un exclusivo servicio para los clientes de una aerolínea que podrían acceder a una carta con productos colombianos mientras volaban. El país se está cayendo a pedazos y esta mujer, que parece no tener más de 25 años, llama para decirme que se trata de algo nunca antes visto. Todos los días recibo ese tipo de llamadas y las cuelgo tratando de no ser tan descortés. Es la forma en la que las grandes compañías tratan de conseguir que en los medios se cite un par de veces el nombre de la empresa. Claro, la fórmula consiste en convocar a una rueda de prensa, un desayuno, un almuerzo o un cóctel y vender la idea de que el producto nuevo que acaban de sacar al mercado es la más abrumante novedad, mejor que cualquier otra posible competencia en el mercado, y con un trasfondo inocultable para el planeta y la sociedad. Quince o veinte periodistas asisten, se muestran muy interesados, comen bien y, al final, se entiende, uno termina con cierta obligación de publicar.

Eso, por supuesto, es más barato que contratar directamente una propaganda de 60 segundos que puede llegar a costar diez millones de pesos. En fin, es solo basura. Decorada y reluciente, y con un excelente aromatizante, pero basura.

Hace poco, por un azar que agradezco, di con una buena historia. De tanto en tanto pasa. Me llamaron de una compañía para asistir a un concierto estrepitoso y

llo de personas amantes de las imágenes psicodélicas y la bulla frenética. Nunca había ido a uno porque no cambio a Satie ni a Tiersen por los beats de un gran parlante y la marihuana de muchos jóvenes que no necesitan fumar la suya propia porque, con la que queda en el aire de la que fuman los demás, ya es suficiente. De eso se trataba ese concierto y también de una inversión bastante grande. No, yo no estoy hecho para esas cosas. Supongo que otros lo están. A mí me gusta más sentarme en un lugar oscuro con las canciones suaves y una que otra sonata de Beethoven o de Bach y un vino para conversar. ¡Ah!, por cierto, mi nombre es Dante y soy periodista, si no es muy tarde para decirlo a esta altura de la historia.

El tema es que en ese concierto me topé con una historia maravillosa y terriblemente triste e indignante. De vez en cuando, si las llamadas no son de las agencias de comunicaciones, uno se puede encontrar con buenas historias. Esta fue la que terminé por escribir sobre ese día. ¡De no creer!

Elsy Rivera es una mujer de 45 años. Hace veinte perdió su visión en un accidente de tránsito y, hace dos, a su esposo, Javier Cuellar, ciego también que murió atropellado por un bus de Transmilenio, porque una puerta de una estación estaba dañada.

En el bus en el que vamos camino al Estéreo Picnic hay alrededor de cuarenta personas más, entre ciegas y sordas. Es parte de una iniciativa del Ministerio de las Tic y no es la primera vez que la mayoría va al evento. Aunque la voz de Elsy es firme y elocuente, dos puestos adelante de nosotros sobresale uno de los jóvenes que, a través de sus manos, se comunica con una niña sorda también. Por un momento me parece que hablan de nosotros, los periodistas que estamos realizando el acompañamiento, buscando historias para contar. Y allí no hay que esforzarse mucho.

Elsy usa unas gafas oscuras y ese día parece que ha decidido prepararse para la

lluvia que estremece a la ciudad y va y vuelve en una secuencia cronométrica cada quince minutos. No parece tímida y su hija, Ana María, me pide que me siente con ella para que podamos hablar en el trayecto. Le doy la mano y siento la suya suave, como quien se acostumbra a darles la mano a muchos sin que ese gesto tenga consecuencias reales después. La primera pregunta que se me ocurre es si ella perdió su visión o si nació ciega. “Hace veinte años tuve un accidente automovilístico. Fue bobo, pero tuve un desprendimiento de retina de ambos ojos. Fue un golpe fuerte y seco contra el parabrisas de un carro.”

Parece que la palabra accidente es una tormentosa constante en su vida. Cuando tuvo el choque que reformuló su futuro para siempre, estaba estudiando Ingeniería de Sistemas en la Universidad Piloto y tuvo que dejar su carrera porque se encontró con la sorpresa de que, además, estaba embarazada. “Ese fue el momento más duro de mi vida porque me quedé sola. El padre de mi hija me dejó. Yo no tengo hermanos ni familia, y muchas personas me decían que cómo iba a tener ese bebé, que estaba loca, que no iba a poder criarla ciega y desempleada”. Pero ella no escuchó y dio a luz a Ana María, que hoy tiene 20 años, la edad de su ceguera, y la acompaña a casi todos los eventos a los que la invitan. Ana María es una joven estudiante de Ingeniería Industrial de la Universidad Militar y me dice que, aunque la condición de su madre las ha unido mucho, cree que quizá no pudo tener la misma libertad de los demás niños mientras crecía, porque, su mamá, si bien es muy independiente para hacer sus cosas personales, siempre necesita mucho de ella.

Hay trancón en la autopista norte y eso me permite tener una conversación larga y detenida con ambas para que no se escape ningún detalle. De repente las dos recuerdan una anécdota que les causa risa. “Una vez mi mamá estaba preparando la cena y me llamó a la mesa porque ya estaba lista. Cuando llegué, había un plato con un pocillo de agua caliente. A mi mamá se le había olvidado echarle el chocolate, y lo único que me dijo fue: ya tómeselo así”, cuenta Ana María.

Elsy me dice que el proceso de estar embarazada y enfrentarse al camino incierto ha hecho que vuelva a aprender a hacerlo todo nuevamente. “Es como volver a nacer: uno tiene que volver a aprender a caminar solo, a leer, a escribir y a usar todas las plataformas que existen para las personas ciegas. La verdad es que la tecnología ha avanzado mucho y uno puede hacer muchas cosas que antes ni se pensaban posibles, pero lo más complicado de esta condición es aprender a usar el bastón. El día en que a uno le entregan el bastón tiene que aceptar que ya es una persona ciega, no solo porque sin él no se puede desplazar por ninguna parte, sino porque ese día ya eres un ciego también para los demás, y ahí empieza la exclusión.”

Este día usa un gabán negro y una bufanda blanca que la protege del frío. Su oído parece haberse desarrollado mejor que sus demás órganos sensitivos porque está atenta a cualquier información que pueda rescatar de alguna conversación cercana. Su hija le pide el celular para entretenerse y ella saca de su bolso un Iphone 7, pero, antes de entregárselo, usa el “voice over” para acceder a Whatsapp y revisar quién le ha escrito en los últimos minutos. Yo alcanzo a ver y me doy cuenta de que tiene más mensajes pendientes que un ejecutivo de una compañía exitosa. Parece que no le faltan amigos.

Siri le cuenta quién le ha escrito y ella pide al dispositivo que le lea uno que otro mensaje. Su hija la impacienta y ella finalmente se lo entrega. En ese momento le pregunto si todavía hay mucha discriminación y poca aceptación de la sociedad para las personas ciegas. “Somos las personas desafortunadamente más rechazadas y apartadas de la sociedad. En el estado de las limitaciones, las personas ciegas somos las que menos podemos interactuar con el mundo. Una persona en silla de ruedas, por ejemplo, puede manejar un ascensor o ser guardia de seguridad o cumplir alguna otra labor, pero a las personas ciegas nos limitan. No es que uno se limite, es que la sociedad nos limita”.

Mucho se ha discutido en el mundo sobre la inclusión de estas personas y en la



comunidad académica se ha dado todo un debate sobre la forma correcta de llamarlos. El término ha evolucionado bastante: de discapacitados, se pasó a personas con discapacidad, luego a personas con limitaciones físicas y, finalmente, ahora, se habla de que lo más apropiado debería ser llamarlas “personas con múltiples capacidades”, para no cometer ningún tipo de exclusión. Sobre eso, Elsy me cuenta que, mientras los gobiernos no ejerzan políticas públicas concretas para educar a la sociedad en cómo tratarlos a ellos, lo demás es un saludo a la bandera.

El atasco parece no ceder. Los pitos se hacen cada vez más intensos y entonces decido preguntarle sobre ese hecho trágico que tiene que ver con su esposo. Javier Cuellar y Elsy Rivera se conocieron en el Centro de Rehabilitación de Ciegos y Sordos y se enamoraron porque ambos iban al coro a cantar. Él también era ciego y me dice que fue el mejor hombre que conoció en su vida. Allí estuvieron dos años encontrándose y juntando sus voces. Luego se casaron y se fueron a vivir juntos. Él asumió el rol de padre de Ana María.

De pronto su mente se ilumina y me cuenta otra historia de esas que la llevan por un par de segundos a un pasado mejor. “Una vez íbamos los dos caminando por la séptima, cada uno con su bastón, y él llevaba a la niña de la mano. No nos percatamos y ella se nos cayó a una alcantarilla. Cuando yo me di cuenta, empecé a gritar desesperada y la gente vino corriendo a ayudar. Luego de unos minutos pudieron sacarla, pero ese fue, sin dudas, uno de los sustos más grandes de mi vida. Ana tenía tres años y, cuando salió, lo único que me dijo fue: me ensucié”.

Entre tanto recuerda que solían pasar las noches escuchando música y conversando hasta que se enteraban que ya era la madrugada por el cantar de los gallos. Me dice que no paraban de tararear las canciones de Luis Miguel, Felipe Pirella, Manzanero y Ricardo Arjona. “Tú seguro no los conoces”. Es muy inteligente y asegura que, a pesar de que no conoce a ninguno de los artistas del Estéreo Picnic, no desaprovecha las oportunidades para vivir experiencias que

pueden aportarle algo y hacerla sentir bien. A su hija, en cambio, le gusta la música de varias de las bandas que se presentan.

Cuando Elsy conoció a su esposo, le encantaba la forma en la que él la trataba, la caballerosidad de sus gestos y la finura de sus palabras. Empezó a quererlo hasta que se volvieron inseparables. Dice que, cuando uno puede ver, los prejuicios son los que deciden en el amor. “Si tú ves a una niña que no es muy agraciada, pero que puede tener todas las cualidades del mundo, la descartas de entrada simplemente porque no es muy bonita”. Dice que su esposo se convirtió en todo para ella y comienza a contarme, con un par de lágrimas inevitables, la forma en que lo perdió.

Javier Cuellar falleció en agosto de 2015, luego de que un bus de Transmilenio lo impactara por haber caído a la vía como consecuencia de una puerta dañada en una estación de la calle 26.

“Ese día, yo estaba hablando con él por teléfono. Me dio una razón para Ana María y colgamos. Quince minutos después me llamó una enfermera de la Clínica Méderi a preguntarme si yo era la esposa del señor Cuéllar, porque había tenido un accidente grave”. Sí, como si fuera poco, la vida se encargó no solamente de cegar los ojos con los que veía las maravillas del mundo, sino también la vida de la persona que más amaba.

“Yo trabajo en ese hospital y ese día, cuando me entró la llamada, estaba en la oficina. Inmediatamente bajé y estuve en el momento en que lo ingresaron a urgencias”. Hace una pausa. Sus ojos, que no ven desde hace un par de décadas, solo están ahí de vez en cuando para revelar su profunda humanidad. Las lágrimas caen suavemente y luego recorren su rostro para esconderse finalmente en los dedos que las hacen a un lado. Sus ojos mismos son las que las producen y yo entiendo que esos ojos, aunque no puedan percibir los colores y las formas, definitivamente tienen vida, una vida de mucho dolor y tragedia, pero una vida que

no solo llora, sino que también ríe con felicidad y que sabe afrontar con experticia las adversidades que parecen acumularse para que Elsy las derrumbe como un castillo de naipes con su fuerza incalculable.

Me quedan tres preguntas y días enteros para reflexionar sobre sus respuestas. La primera de la última tanda tiene que ver con quiénes, teniéndolo todo en la vida, se quejan por nimiedades. Quiero saber cuál es su mensaje para ellos. La verdad es que en ese momento no le pregunto para los demás, le pregunto para mí. “Lo primero es que nadie puede vivir la vida por ti. Todo depende de uno y de cómo se afrontan las inclemencias. Hay que empoderarse y no dejarse caer porque no hay obstáculos que puedan vencer a nadie. Yo me quedé ciega y en mí estaba decidir si lloraría toda la vida por lo que me pasó. Fue muy duro, pero tuve que pararme, salir del barro y seguir adelante. Una y otra vez y las veces que haga falta”.

Chuleado. Cada respuesta contiene un grado de sabiduría por el que ella debería cobrar. Ahora le pregunto por aquel momento que recuerda como el más feliz de su vida. “El año pasado cumplía con mi esposo veinte años de matrimonio. Habíamos planeado un viaje a Cancún, pero él murió. Entonces me fui con mi hija y conocí el mar. Creo que no hay algo que pueda gustarme más que esa sensación de estar ahí, de escucharlo, de sentir su majestuosidad y las olas chocando contra mi cuerpo. Fue un momento único que me marcó para siempre”.

Elsy no vio el mar, no pudo observar cómo se pierde al final del paisaje la existencia misma entre las olas y el momento en el que el cielo y el agua se mezclan convirtiéndose en uno solo. Pero para ella no hubo nada que pudiera hacerla más feliz. Ya solo me queda un interrogante y su respuesta me impresiona, me sorprende, me paraliza. Si pudiera devolver el tiempo, ¿a qué momento iría? “Al día en el que conocí a mi esposo, ese día exacto.”

Si Elsy Rivera tuviera esa posibilidad, si tuviera por una sola vez la capacidad para tomar un control remoto y devolverse a un capítulo de su vida para comenzar de nuevo, no sería para volver a ver, no lo haría para ir atrás, antes del accidente y evitar haber cruzado por aquí o por allá, lo haría para conocer de nuevo a su esposo. Para, ciega, enamorarse una vez más.

## Capítulo 2

### Desde la selva

Los pájaros avisan de la salida del sol. La humedad se siente en las hojas de los árboles y en el pasto largo que crece cada día más. Desde que llegamos no han venido ni una sola vez a cortarlo. Aquí no hay mucho que hacer. La vida de antes era muy dura. Caminatas eternas sin avisar, bombas, refugio, el peso de los uniformes, los fusiles y los morrales. Aunque es verdad que ya me había acostumbrado. El dolor de espalda simplemente se había convertido en una cuestión anexa al ritual de todos los días. Madrugar, formar, lavar los platos, patrullar por la selva inhóspita y tener mucho cuidado de no pisar una serpiente o encontrarse con un tigre o un oso sin aviso. Aunque en realidad la naturaleza es muy sabia. “La mejor cura contra los animales es no molestarlos”, me decían siempre en el campamento y yo seguía las instrucciones al pie de la letra. Pero una vez un compañero se las dio de duro y conecedor y se puso a molestar a un bicho de esos que se encontró en un río. La serpiente le saltó y le mordió el brazo. Resultó siendo fatal y a los pocos días murió. No podíamos llevarlo al pueblo porque era uno de los guardaespaldas del comandante y la Policía lo tenía fichado. Si lo veían, nos encendían a todos, así que dejamos que el río se lo llevara. Fue hasta bonito. Como si simplemente el agua se convirtiera en la puerta a ese otro mundo que parece un poco más ameno que este, un poco menos ruidoso y violento y sin tanta desgracia y sangre atravesando la tierra. Allá no es verdad que la gente respete las tales normas esas del Derecho Internacional Humanitario que son tan citadas por abogados de la oligarquía en la capital, pero tan olvidados en la profundidad de la selva. La guerra es una cosa muy brava y muy diferente a lo que dicen las leyes y los reglamentos.

Yo estoy con la guerrillerada desde hace mucho tiempo. Creo que ya llevo aquí más de dieciocho años. Ni me acuerdo de cuando llegué y no llegué porque quisiera. Bueno, en realidad sí. A mí nadie me obligó ni me puso un fusil en la

cabeza para venir a las Farc, pero no me quedó de otra. Yo vivía por allá en un pueblito muy recóndito en San José del Guaviare con mi mamá y mi hermano menor que estaba muy chiquito en ese entonces, y llegó un momento en el que estaba tan aburrida de la situación en la casa, de la pobreza tan berraca y la falta de oportunidades, que decidí tomar las filas. Además, era un momento en el que los paramilitares estaban llegando y cualquiera que osara no recibirlos o no ofrecerles un vaso de agua era etiquetado como comunista y ya se sabía cuáles eran las consecuencias. A mí me mataron a un noviecito que tenía, que fue el que me empezó a hablar de la guerrilla, de la adrenalina de vivir en la selva sin Dios ni ley y, esa forma en la que él me lo narraba, me cautivó. Yo terminé diciéndole que me quería ir, pero un día lo cogieron en la carretera y lo abalearon. Dieciséis disparos dijeron los vecinos que le habían metido, pero nunca se supo qué pasó con su cadáver. En las tripas de los cocodrilos debió haber quedado, seguramente.

Eso me dio tanta rabia que, cuando me enteré y tuve que aceptar que no iba a volver a verlo nunca, tomé la decisión y hablé con unas gentes del pueblo que decían que eran de la guerrilla. A la semana siguiente ya tenía mis cosas empacadas y todo listo y, sin avisarle a nadie, una noche me escapé. Recuerdo que eran las seis de la tarde cuando salí de mi casa. Llegué a un punto de encuentro en el que me recogieron en moto y me hicieron dejar tiradas la mitad de las cosas que traía. Fueron como dos horas de trocha y luego unas cinco horas en burro y a pie, y llegué a un dizque campamento que estaban empezando a levantar. Me tocó muy duro porque, apenas llegué, me presentaron y me dieron tareas como si llevara toda la vida ahí y no fuera ninguna novata. Eso sí, en la guerrillerada nos tomamos muy en serio la igualdad de derechos de los hombres y las mujeres. No hay nada que ellos hagan que nosotras no. Lo único que no me gustaba era el tema de las relaciones sexuales, porque me tocaba con personas que uno no quería, pero así era la vaina y uno tenía que acostumbrarse o, si no, si desertaba, pues la cosa era grave. Además, todos querían conmigo siempre. Ellos decían que yo era muy bonita y que estaban muy felices de tenerme con ellos.

Varias veces causé problemas entre los compañeros porque muchos se enamoraron y la verdad yo nunca volví a sentir nada parecido luego de que desaparecieron a mi Edonilio.

No sé si sea bonita o no, pero sé que mi mamá sí. Ella era el anhelo de todos en el pueblo. Los dueños de las fincas de alrededor le llevaban siempre regalos y le ofrecían irse a vivir a casas más grandes y más cómodas que la nuestra. Nosotros vivíamos en una casita con un poco más de tres hectáreas de terreno en donde teníamos un par de vaquitas y una yegua que yo amaba con mi vida. Me críe con ella, la peinaba todos los días y me preocupaba porque siempre estuviera bien y a gusto. Yo prefería que ella comiera bien, así yo no pudiera. Se llamaba "Julié", así, con acento en la "e". Era blanca y tenía un poco de café en la cara. Nunca he visto un animal tan manso y leal. Ni los perros son así. Ese caballito es una de las cosas que más recuerdo de mi vida de antes y que seguro no podré olvidar fácil. De hecho, una vez que estuve en una misión que me encargaron en Pasto, me quise hacer un tatuaje y me marqué el nombre de esa yegua. Todavía lo tengo, aunque no tan legible como antes. Lo único es que no le puedo decir dónde y no insista, por favor. De pronto un día me anime y me dé por contarle, señor periodista. Pero solo si se porta bien y es muy atento. Usted sí debe saber cómo tratar a una mujer. Así como en las películas, abriéndole la puerta del carro y a punta de flores chocolates finos hechos por otras pobres mujeres esclavas de las grandes empresas que trabajan sin descanso jornadas eternas. Por eso es que yo me fui y no me arrepiento.

Lo único que realmente me ha causado un dolor irreparable es que no volví a saber nada de mi familia. Todavía no sé qué pasó con ellos. No tengo la menor idea y no sé si algún día pueda volver a verlos.

### Capítulo 3

Hoy vino el presidente a la emisora. Como es costumbre antes de llegar a mi oficina, fui a la máquina de los cafés por un tinto muy cargado con dos puntos de azúcar. Estaba entretenido con el sonido de la máquina que parece hacerse eterno y, cada vez que estoy ahí, me gusta utilizar esa diminuta fracción de tiempo para imaginar que la cafetera está encendida en una cabaña con electricidad suficiente para un mes de soledad. Nada más que eso. Una hamaca en medio de la nada al ritmo del viento y el mar sonando en las caracolas de la arena. Una mujer hermosa con piel morena y cuerpo de ensueño para hacer el amor cada noche como si la anterior nada hubiese pasado, como si siempre fuese la primera, como si cada vez que recorriera su piel milímetro a milímetro conquistara nuevas tierras. Un par de cocos y el sonido del agua dentro de ellos al caer de las palmeras y estrellarse contra el piso. La brisa jalando nuestros cabellos y la música de la naturaleza. Y, por su puesto, un computador para escribir.

“Ya está su café” me dijo alguien y entonces me di cuenta de que estaba soñando. Tomé el tinto y de repente se abrió el ascensor con un ejército de hombres fornidos y trajes apretados, gafas oscuras y cables blancos tras sus orejas.

El director fue a saludar al presidente plácidamente y pude darme cuenta de que, antes de que las puertas se abrieran, ajustó su corbata con delicadeza, planchó su traje con las manos e hizo todo lo posible para que su pelo estuviera en el lugar correcto. Cuando él llegó por fin, escondido detrás del grupo de gorilas, lo saludó con un apretón que pareció honesto. Se hablaron como si nunca lo hicieran, como tratando de pretender una distancia necesaria pero que era ridículamente irreal.

“¿cómo van las cosas?”, dijo el mandatario, y el director contestó con su voz ronca y afinada “muy bien, ¿y usted?” En la entrevista no hubo preguntas incómodas. El balance del gobierno era maravilloso y la economía iba bien. El Acuerdo de Paz era un hito y de verdad que lo era, pero el periodismo no está para celebrar la



política de los gobiernos. Está para encontrar la putrefacción. Y desde hace mucho tiempo en Colombia no se alumbran las cucarachas, como decía Kapuchinsky.

Ese día mi jefe me envió a otro evento en el que logré dar con otra buena historia. Sin dudas, mucho más interesante que la del presidente:

En su silla parece una niña pequeña de diez años. Se mueve, cambia de posición y juega con sus manos. No es un asiento con ruedas y, si las tuviera, estoy seguro de que no tendría reparo en dar vueltas mientras la entrevisto. Se llama Oneida Albán. Aunque su mirada es dura y seria y su rostro tiene impreso la sabiduría de los rasgos indígenas, puedo darme cuenta de que es tímida y, más aún, temerosa de los demás, como un cachorro que ha confiado y siempre termina herido una y otra vez por piedras y palos que le lanzan las personas. Me mira, duda y no se atreve a apretarme la mano fuerte cuando me presento. Sus manos son pequeñas y gruesas y se nota que las dedica a trabajar la tierra. Siento que no está cómoda.

Nació en la vereda La Victoria, en el municipio de El Tablón de Gómez, del departamento de Nariño. No pensé que un pueblo pudiera tener un nombre separado en cuatro palabras diferentes. La señora Oneida es claramente una líder. De pie, entre las mujeres que como ella perdieron sus casas y sus viviendas por la violencia que dejó el conflicto armado, toma el micrófono con buena oratoria. Se nota que ha practicado ese ritual y con la voz fuerte va diciendo las cosas sin filtro. Habla y sus compañeras la ovacionan. No mueve las manos, lleva los hombros abajo y casi mira al piso, pero, aun así, sus palabras son claras y sus exigencias, contundentes. “Lo que pienso es que las mujeres tenemos que empoderarnos. Yo antes, por ejemplo, no podía hablar en público y ahora estoy aquí parada delante de todos ustedes porque me di cuenta de la verraquera que tenemos nosotras”.

Lo primero que decido preguntarle para romper el hielo es sobre los hechos que la

hicieron feliz en su infancia y, con crudeza, me responde que fueron muy pocos. “Yo no pude acabar de estudiar. Hice hasta quinto de primaria y viví en un ranchito de paja que tenía mi papá. En total éramos ocho hermanos. En mi casa había mucha pobreza y no tenía ratos libres. Como fuimos tantos, tuvimos varias responsabilidades y mi mamá nos enseñó que uno tenía que barrer; otro, traer la leña, y a mí me tocaba ayudar a cocinar, lavar y estar pendiente de mi hermanito. En mi casa siempre el tema de la cocina nos tocó a las mujeres, a las tres hermanas, y mi papá era muy duro. No se podía decir nada ni hablar ni contestar y también maltrataba a mi mamá”.

El gobernador de Nariño, Camilo Romero, dice que las personas creen que su departamento hace parte de Ecuador y no de Colombia, y una de las razones es el acento de los ciudadanos de ese lugar del país. Oneida es la confirmación de esa teoría. Su acento es marcadamente pastuso y es verdad que por la frontera la forma de hablar no se distingue fácilmente de la de los ecuatorianos, aunque los nariñenses, por lo menos algunos como doña Oneida, siguen considerándose colombianos.

La señora Albán me dice que a ella le gustaba estudiar, pero sus papás solo pudieron ofrecerle educación hasta quinto de primaria. Luego decidió escapar de su hogar. “Nos pegaban, nos gritaban y por eso yo me fui de mi casa. En ese tiempo no había transporte y me acuerdo de que, para que mi papá no me viera, me fui en una chiva escondida en unos bultos de alverja. Tenía 12 años, cogí el vestido de mi primera comunión y con eso me fui porque no tenía nada más. Ahí llegué a Pasto y me encontré con una amiga que me ofreció trabajo y comencé en el servicio doméstico”.

Ahora podría considerarse que emplear a una niña de 12 años para que limpie y haga la cena es un delito establecido en el código de infancia y adolescencia como trabajo infantil, pero en ese entonces quizá la situación era diferente. En todo caso, Oneida asegura que lo que no encontró en su casa, lo halló con esa

familia que decidió acogerla en su hogar.

Dice que el choque de vivir y criarse en el campo y luego llegar sin acompañamiento a una ciudad a ganarse la vida es muy duro. “Yo no sabía ni cómo cruzar una calle. Todas esas avenidas llenas de carros me asustaron”.

Su voz tiembla con cada respuesta y las lágrimas no las oculta. “Mis papás eran muy conservadores. Ellos estaban bravos todo el tiempo, no nos dejaban salir”. Termina esa frase y entonces a Oneida se le escapa una revelación que me deja asombrado. “Tengo 39 años y no conozco una discoteca”. Le pregunto si quisiera tener la experiencia, si a veces, cuando está en Pasto o en Bogotá, no se le ocurre pegarse una escapadita, y responde que no tendría sentido, porque nunca aprendió a bailar.

Ya más adelante en la conversación llega el quiebre. Su desplazamiento se dio en el 2003. No perdió a ningún ser querido, no tuvo que buscar los restos de sus hijos o de sus hermanos y tampoco fue torturada, pero la obligaron a abandonar una extensión de sí misma. “Nosotros estábamos en la casa. Yo vivía con mi esposo y mi hijita de siete años y estaba embarazada de ocho meses. El desplazamiento fue como en abril, en Semana Santa, y estaba esperando tener el niño en mayo. Yo vivía bien abajo en una orilla y cerca de mi ranchito había otra casa abandonada. Un día nos dimos cuenta de que ahí había gente vestida de verde y pensábamos que era el Ejército, pero, cuando pasaban cerca de la casa, vi a una señora que llevaba una pañoleta roja en la cara. Supe que era mujer porque, cuando iba pasando, se le cayó la pañoleta y vi su pelo y ahí yo le dije a mi esposo: no son del Ejército, son de la guerrilla”.

Lo único que pudo tomar para irse fue un par de chancletas, las cédulas y algunas toallas para cubrirse del frío. “Tomamos la decisión de irnos porque se enfrentaron la guerrilla y el Ejército y luego llegaron los paras. A las seis de la tarde empezaron las balas. Luego fue un cilindro grandote que pensaban tirar en la

cabecera municipal, pero Dios no permitió que llegara porque en El Tablón hubiera pasado algo muy grave. Las balas nos pasaban por encima. Nosotros nos fuimos a la vereda La Victoria y nos quedamos en una casa y nos asustamos porque hasta ahí se escuchaban las ráfagas y pensamos que nos iban a llegar los famosos sombreros chinos, que eran una especie de bomba que tiraban. Yo le doy gracias a Dios porque al menos estamos vivos para seguir luchando”.

Hace seis años se creó la ley 1448 de 2011 radicada por el Gobierno Nacional. En ella se estableció la obligación del Estado para restituir material y jurídicamente a los ciudadanos víctimas por razones de la violencia armada. Allí, por primera vez, se reconoció un conflicto interno, a una contraparte que no había podido ser eliminada, y a las víctimas. Actualmente, según el director de la Unidad de Restitución de Tierras, Ricardo Sabogal, desde la puesta en marcha de la ley, han logrado ser restituidas alrededor de 6000 mujeres. El Acuerdo de Paz con las Farc planea formalizar siete millones de hectáreas para que los campesinos puedan trabajar en mejores condiciones.

Oneida Albán es una de esas miles de mujeres que recibió un lugar para vivir por su desplazamiento. Dice que tuvo hijos muy pequeña. “Tengo cuatro hijos. El primero lo tuve cuando tenía 15 años y mi hija tuvo ya otro bebé a los 17. La verdad es que yo no le deseo a nadie lo que me pasó a mí. Tener que dejar el lugar en el que uno vive para arrumarse donde lo reciban es muy duro”.

Luego, para poder llevar el pan a la casa, Oneida empezó a trabajar en un laboratorio de amapola. Lo único que hizo fue cocinar la comida para los cultivadores y asegura que es una realidad inocultable el hecho de que en las regiones muchas veces no hay nada más que hacer para poder llevarles la comida a los niños. “Yo trabajé ahí dos años y juré nunca más volver”.

Se nos acaba el tiempo. Oneida ya me contó una gran parte de su vida y ahora la siento mucho más en confianza que cuando iniciamos la conversación. Se ríe un par de veces y me dice, para terminar, que lo único que desea en la vida, además

de cultivar café en la parcela de tierra que le entregó el Estado, es seguir ayudando a las que, como ella, se vieron obligadas a sufrir situaciones muy duras en una vida que hubiesen querido que fuera diferente, menos traumática, menos violenta.

Luego de esa crónica, la semana estuvo muy lenta. Hoy salí del trabajo realmente exhausto. No ha pasado mucho en estos días. Nada que pueda realmente atraer la atención de los editores. Esta vez no es Satie. Ahora escucho algo de Yann Tiersen, también francés, y pienso que debo conocer Francia, porque la música de los franceses me hipnotiza, y su arte, y sus mujeres, y, por su puesto, sus ciudades. Estoy en el café de un cine. A mi lado una mujer amamanta a su bebé. Trata de cubrirse el pecho con una chaqueta de jean, mientras su esposo retiene el par de globos que hacen que los ojos de la niña brillen por ahora, antes de que exploten y su alegría se convierta en un irritante llanto. Hace poco una familia entera trataba de disfrutar como se supone que debe disfrutar la familia actual y la sociedad actual. Un par de helados, un par de cafés y un par de caras tristes en un centro comercial atiborrado de personas. Seguramente ya habían almorzado en uno de esos restaurantes en donde el servicio es pésimo y hay que hacer fila para entrar. Luego de unos buenos minutos te dicen que aún hay que esperar un poco más, para que te lleven con una delicadeza simulada a una mesa incómoda, y te pasen una carta con precios exorbitantes y comida ciertamente fraudulenta, pero con nombres atractivos para el marketing. Creo que no hay un lugar que odie tanto como un centro comercial. Estando aquí recuerdo perfectamente el clásico de José Sarámago *Ensayo sobre la ceguera* y descubro entonces que no hace falta que la ceguera se convierta en una epidemia contagiosa para hacer del mundo un basurero lleno de porquería y malos olores. Ya lo es. Los humanos nos multiplicamos de forma increíble. Somos nosotros la plaga. Todos los días producimos millones y millones de toneladas de basura que dejamos en todas partes, en cada lugar, cada minuto, porque creemos que en todos esos lugares hay alguien cuyo trabajo es recogerlo y depositarlo en el lugar correcto. ¡Qué cantidad de niños! A la gente le encanta tener niños y no logro entender la razón.

Los llantos y los murmullos, los caprichos y la necesidad de llamar la atención a punta de gritos y sollozos es algo que no pretendo soportar nunca.

Les hablaba de la familia. Todos ellos comen un helado de una marca de moda, como si el helado, por ese hecho, produjera con cada sorbo una irremediable sensación de felicidad. Pero no sucede así y cada uno lleva una cara de insoportable depresión. La abuela, en silencio, debe estar reflexionando en profundidad sobre lo triste que es ese momento. Nadie la escucha, nadie le presta atención. Aquel viejo mito de que la vejez contenía inexorablemente un grado de sabiduría que debe respetarse ya es del siglo pasado. O quizá en el siglo pasado ya era de otro siglo. Pero la abuela parece ser una molestia. La familia se ha ido ya, con su carrito, su bebé y sus niños. Y ya ha llegado otra familia con su abuela, su carrito y sus niños sollozantes, y el ciclo no para de repetirse. Todos cada vez que llegan se sientan con sus caras tristes, tratan de calmar a sus niños tristes, y de evitar sus gritos. Pero todos gritan, se calman, vuelven a gritar, vuelven a calmarse y se van al final. Gracias a Dios que se han ido, pero ya ha llegado una nueva familia y comienzan los llantos, y la abuela triste y el pecho...

## Capítulo 4

Como le decía, mi querido periodista. No, espere... cuénteme primero cómo es ser periodista. Ustedes los grandes medios siempre han dicho lo que les conviene en este país. Lo que cuentan nunca es verdad. Solo atiende a los intereses de los dueños de los grandes conglomerados, que son, a su vez, los dueños de las grandes empresas. Es que así funciona el mundo, no es solo en Colombia. Aquí cuatro o cinco familias son las dueñas de todas las tierras, de todas las empresas, de los recursos, ¡y no faltaba más!, del gobierno, de los políticos vendidos. Esos que saltan y bailan por un par de migajas.

Pero, cuénteme, ¿su trabajo es divertido? Me imagino que tiene que viajar mucho y rodearse de gente importante: Los oligarcas capitalistas que andan en caravanas de camionetas con docenas de escoltas solo para aparentar poder. Pero lo que no saben es que el poder, el único poder que tiene valor, es el poder del pueblo y el pueblo es sabio, aunque esa clase política interesada que ha gobernado este país piense todo lo contrario. A mí nunca me habían hecho una entrevista. En la selva solo escuchamos radio; aquí también lo hacemos. Por eso yo conozco muy bien los nombres de todos esos periodistas que hablan por ahí y dicen tantas babosadas. Llevo ya un buen tiempo escuchándolos con disciplina. No sé por qué usted se interesa tanto en saber los pormenores de mi vida. Yo no tengo nada interesante que contarle, además de las historias de cómo nos escapábamos de los polochos y los soldados. Cuando uno está en Bogotá, las cosas deben ser muy fáciles, pero todo gira en torno al billete... ¿me entiende? En cambio, en un campamento o en una finca de una región bien apartada, allá donde solo se puede llegar en moto o en burro y, luego de caminar durante horas, usted nunca necesita un peso. Allá lo que necesita es fuerza de trabajo. Si usted está bien físicamente, puede ir por la leña, por el plátano, a cazar el cerdo. La plata no hace falta y la vida es más tranquila, más cercana a los árboles, a los ríos. Uno aprende a respetar a los animales. Hasta el sexo es mejor, ¿sabe? Jejejeje. Igual, no piense que le voy a dar muchos detalles. Eso sí no se lo pienso

contar. O bueno, depende de usted. Vamos a ver qué tano se gana mi confianza, qué tan buen periodista es y qué tantos secretos me logra sacar. Yo conozco muchos de los duros de aquí, de sus gustos, de lo que piden, de las caletas, pero me muero antes de revelarles eso a alguien, porque usted sabe que mi lealtad es con el pueblo y para el pueblo, y en cierto sentido la guerrilla es el pueblo también. Todos mis compañeros, son iguales, gente pobre, olvidada. Algunos que no conocieron un bombillo, ni una lavadora. Personas que, para desayunar, tenían que comerse lo que pudieran encontrar en algún árbol con un pedazo de panela en agua. Y para el almuerzo, ¡qué sufrimiento! Usted no sabe de eso, pero yo sí. Yo conozco esa vida, y conozco también la indiferencia de los ricos y de los políticos. A esa gente solo le importa acumular poder y dinero. ¿Y la gente qué?, ¿los millones muriéndose de hambre qué?

Por eso, mi querido periodista, lo único que importa en Colombia es llegar al poder. Nosotros estamos aquí recluidos, con un ánimo de paz y de dejar la lucha armada. Sí, pero la lucha moral y la lucha por el poder continúa y le aseguro que no nos tardaremos en llegar a la Presidencia y de ahí sí no nos saca nadie. Y no nos van a querer sacar porque vamos a cumplirle a la gente que lo necesita. Nuestra política será una: Más impuestos para los ricos y más recursos para los pobres. Y resulta, que en este país, de los 49 millones que somos, 48 millones 500 mil son pobres. Entonces, vamos a ver si nos quieren sacar de ahí.

Usted sabe que aquí la gente tiene que escucharlo a uno muy convencido del discurso, pero ya le conté todo lo que pienso de la causa. En fin, algo de todo lo que acabo de decirle debe ser verdad.

Y así es mi querido periodista. ¡Vamos a llegar al poder!



## Capítulo 5

Es fin de semana. Una vez cada quince días los periodistas trabajamos los fines de semana, sin importar si es puente o no. Es un trabajo equiparable con el de un doctor y las personas creen que es fácil y que uno simplemente se sienta en una silla a improvisar y decir cuánta sandez venga a la mente. Y, aunque muchos colegas sí lo hacen, no es el caso de la mayoría. ¿O, sí?

“Las Farc están en Bogotá”, le dije a mi editora ese sábado gris en el que la lluvia iba y venía por pequeños lapsos de tiempo, como queriendo hacernos una jugarreta inevitable. Estaban en la ciudad los principales cabecillas de la guerrilla que durante años fueron perseguidos con todo el poder de las fuerzas militares y con millones de dólares en inversión de material bélico y equipamiento de tropas para acabarlos.

Y sí, mi editora me envió a cubrirlo:

Dos camionetas blindadas se estacionan en la entrada y ocasionan que el trancón, que ya es costumbre en el centro de la ciudad, se haga más insoportable. No hay uniformes, ni logotipos, ni emblemas. Un grupo de gente dialoga tras una puerta improvisada que no parece ser el ingreso de un hotel y dos hombres morenos altos y fornidos vigilan, con la mirada atenta, cualquier movimiento cercano.

Solo pueden ingresar quienes tengan algún tipo de credencial que no logro detallar, además de los medios de comunicación. Dos filtros. Una mujer de pelo rubio, baja estatura, con ropa negra y un audífono con el que parece comunicarse con los demás guardaespaldas, revisa mi morral sin perderse ningún objeto del equipaje. Luego me hace pasar con otro de sus compañeros para una requisita exhaustiva.

Adentro, hay una tarima con luces, un gigantesco cuadro en el que se alude a los 53 años de la lucha armada y la creación de las Farc- EP, y cientos de personas vistiendo camisetas con el rostro de Alfonso Cano o Raúl Reyes. Recientemente, el Acuerdo de Paz atravesó un difícil momento por cuenta de la decisión de la Corte Constitucional sobre el Fast Track, que cambió algunos pasos con respecto a la aprobación en el Congreso de la República de los puntos finales de lo pactado con las Farc. Ahora los congresistas no necesitan el aval del gobierno para proponer modificaciones específicas, cosa que antes era imprescindible. Pero eso solo podrá hacerse en lo que falta del documento.

Ese giro retrasó el cronograma original. En el Acuerdo Final se estableció que para el día D+180 las Farc debían haber entregado todas las armas a la ONU y las zonas veredales dejarían de tener su diferenciación jurídica. Los guerrilleros ya actuarían en la legalidad, cobijados bajo la amnistía y retornarían a la vida civil para adherirse a la Justicia Especial para la Paz y empezar a confesar los crímenes. Ahora se habla de 20 días más de prórroga para finiquitar la entrega total de las armas y de 60 días más de vida jurídica en las Zonas Veredales Transitorias para la Normalización.

En esa confusa situación, a Bogotá llegaron seis de los más importantes miembros del comando central de las Farc. Aquellos que otrora eran buscados con avidez por la Fuerza Pública, bombardeados en sus campamentos y por cuyas cabezas pagaban cifras irreales, son protegidos por escoltas de la Policía Nacional y se dan el gusto de caminar tranquilos por el centro de la capital del país, a pocas cuadras del Palacio de Nariño. Toda una vida intentaron hacerse con el poder y llegar a como diera lugar a la oficina presidencial. Pusieron bombas, como la que estalló contra al exministro Fernando Londoño en su camioneta en el 2012, o, inclusive, la que hicieron explotar frente a Caracol Radio en el 2010. No lo consiguieron, pero tampoco lograron acabarlos las fuerzas militares. Y hoy prefieren atacar a través de los micrófonos, en vez que con el impulso contundente de las balas y las esquirlas.

En el lugar hay medios de China, España y varios nacionales. Esperan con el foco de las cámaras ya listo a que los guerrilleros lleguen para hacer las declaraciones y dar noticias. De repente aparece Luciano Marín Arango, alias Iván Márquez. Tuvo suerte. Es uno de los que pudo llegar vivo hasta este punto de la historia del país. Varios de sus colegas fueron dados de baja en operaciones del Ejército y la Fuerza Aérea y los Estados Unidos llegaron a ofrecer hasta cinco millones de dólares a quien diera información para su captura. Ahora la prensa le da más páginas que a cualquier parlamentario o alcalde. Detrás de él camina, con su bufanda sobre los hombros, Seusis Pausias Hernández o Jesús Santrich, el guerrillero que medio país creía ciego por sus gafas siempre oscuras y el bastón en una de sus manos. Su voz es ronca; su pelo, gris, y pocos saben cuál es el color de sus ojos.

La gente presente los recibe con euforia. Corren personas a fotografiarse con ellos. Hay muchos jóvenes, inclusive niños que esperan impacientes a que su mamá o su papá haga el clic en el celular. Un adulto llega corriendo y grita “¡Iván!”, y el guerrillero se da la vuelta y lo abraza fuerte. Da la impresión de que no se ven hace años y parecen buenos amigos. Márquez le da dos golpes con la palma en la espalda y lo vuelve a abrazar. La gente los mira con los ojos nostálgicos.

Ya arribaron los demás. Félix Antonio Muñoz, alias Pastor Alape; Luis Alberto Albán, alias Marcos Calarcá; Ricardo Téllez, alias Rodrigo Granda, y Jesús Emilio Carvajalino, alias Andrés París. Todos juntos en un mismo salón. Miles de millones de dólares se hubieran gastado en armamento, transporte, logística y raciones para desaparecer a estos seis personajes. Pero eso ya es cosa del pasado. Por lo menos por ahora.

Sobre una mesa hay pastel de cumpleaños con el rostro de Manuel Marulanda, Tirofijo, quien durante años puso en jaque al Gobierno y ridiculizó a uno que otro presidente. En el otro extremo del salón, meseros reparten Whisky Buchanas,

empanadas y pinchos, mientras que, obedientes, los invitados hacen la fila y reclaman la comida.

Comienza la rueda de prensa, pero, antes de hablar, suena el himno de las Farc. Hay cerca de 300 personas en el lugar y se escucha una sola voz. Cuando acaba la canción, alguien suelta una exclamación a la que todos, incluyendo las mujeres ancianas, responden con firmeza. “Y sepan que solo muero si ustedes van aflojando, porque el que murió peleando vive en cada compañero”. Y una más: “Vivan las Farc-EP. Vivan, vivan, vivan”, gritan como si no hubiera paredes. Los guerrilleros ya no tienen camuflados, ni botas de caucho. Mucho menos un fusil cruzado. Ahora visten elegantes trajes de políticos.

En medio de la rueda de prensa, una mujer amamanta a su bebé casi que frente a la prensa y nadie se inmuta. Son milicianos y seguidores de la guerrilla. De pronto, Márquez expresa: “Defenderemos los acuerdos de quienes quieren hacerlos trizas”, refiriéndose al comentario del exministro Londoño que dijo hace poco en una convención del Centro Democrático que lo primero que había que hacer luego de ganar la Presidencia en el 2018, era hacer trizas el texto del Acuerdo.

Los guerrilleros se notan preocupados por la decisión de la Corte. Pese a ello aseguran que tienen confianza en el proceso y dicen que todo marcha bien. Comienza la fiesta. Esos seis hombres que antes tenían que subir y bajar las montañas del país en moto, en burro, o a pie, para esconderse de los aviones y los helicópteros que no paraban de presionarlos, dejan el lugar y se suben a camionetas blindadas financiadas por el Gobierno en el centro de poder del país.

Los demás se quedan y, al ritmo de salsa, bailan en grupo. Un joven que luce una camiseta negra con el logo de la hoz y el martillo, orgulloso, alardea frente a sus amigos del número que una de las chicas en el otro extremo de la sala le acaba de guardar en su teléfono.

Las copas no paran de llenarse con whisky. La orquesta toca y luces de todos los colores tratan de darle al escenario un aspecto de discoteca. Los hombres y mujeres de seguridad persiguen a cada persona con sus miradas y se mantienen sigilosos. Hay un hombre que viste como Santrich. Se impuso una moda. La mayoría luce gorros como el del Ché, y todos tienen barba. Incluso quienes no la tienen, intentan tenerla. Una mujer mayor usa en su brazo izquierdo una venda blanca y no imagino cómo pudo causarse esa herida. Quizá un hostigamiento.

Es una fiesta de las Farc en Bogotá. Lo que hace un par de años atrás era impensable, ahora es una evidente realidad. Es una fiesta de las Farc con niños y bebés y también la celebran alrededor de 7000 personas en las zonas veredales.

Finalmente, Santrich dice que lo que celebran es que “hace 53 años decidieron levantarse en armas y hoy las dejan para enfrentar el problema de otra forma”. Hace falta ver qué ocurre en un año. Si habrá una nueva fiesta para celebrar los 54 años de creación de la guerilla más longeva del continente, quizás en un lugar todavía más cercano al Palacio, o quizás no.

El evento terminó con mi libreta llena de notas, pero en el lugar pude percibir que una de las mujeres que había sido contratada para ser maestra de ceremonias del evento me miraba con curiosidad.

Me acerqué y le dije algo.

-¿Qué tal el trabajo hoy?

-No es mi trabajo, es mi labor por el pueblo. Pero bien, usualmente no uso estos tacones gigantescos y mucho menos este pantalón apretado, pero hasta ahora todo bien. Usted es...

-Soy Dante, soy periodista. Lamento no haberme presentado. ¿Y usted?

-¿Acaso es normal en ustedes, los hombres de la capital, creer que tan solo con una primera charla las mujeres van a darles sus nombres? Aunque, a usted, quizás con una segunda.... Pero en un lugar más privado y sin tanta gente. Anote mi número. Por ahora, guárdeme como CEREMONIA HOTEL. Llámeme un día de estos. Chao, Dante.

Y se fue. No me dio más de cinco minutos y he de decir que, cuando empezó a caminar con ese paso esplendoroso, pude notar que llevaba diminuta ropa interior, porque su pantalón negro de tela delgada era tan apretado que dejaba poco a la imaginación. Yo tenía un par de whiskys en la cabeza de los que me habían ofrecido en el que para ellos eran un festejo, y ya obraba en mí el efecto del destilado. Sin embargo, pude notar que su belleza era ciertamente incontrovertible. Era una mujer de un cuerpo bastante bien trabajado y lo suficientemente elegante y bien parecida como para causarme un interés importante. No dejé de pensar en su frase. “No es mi trabajo, es mi labor por el pueblo”. No me cabía en la cabeza que fuera una guerrillera. Ella merecía ser una modelo bien pagada. Le pedí al conductor que me recogiera y, cuando salí del lugar, traté de buscarla por todas partes. Podía ser la mujer de algún jefe guerrillero. No sabía en lo que me estaba metiendo, pero estaba seguro de que iba a volver a verla. Tenía su número y necesitaba llamarla, escuchar de nuevo su voz y ver sus ojos y su cabello rojizo. CEREMONIA HOTEL, así, en letras mayúsculas. Era todo lo que tenía por ahora.

Afuera había varias camionetas blindadas y con los vidrios negros. Pensé que quizá estaba dentro de alguna de ellas mirándome, mientras se burlaba con la risa coqueta y su especial tono de voz y que, a su lado, estaba alguno de los jefes que acababa de entrevistar. Así que, cuando llegó la camioneta, me subí con afán y le pedí al conductor que me llevara de nuevo a la emisora.

Nos volveremos a ver, mujer incógnita. “CEREMONIA HOTEL”, me dije.

## Capítulo 6

Mi celular sonó cuando ya había logrado dormirme. Una alerta de una de las agencias de prensa me despertó y me di cuenta de que había olvidado ponerlo en silencio. Cuando la luz de la pantalla asaltó el oscuro espacio de mi habitación, vi que mi jefe me había escrito.

-Dante, mañana se va para Tumaco con el vicepresidente. Aliste todo.  
Catam 6:30 AM-

Y así fue. Catam, 6:30 de la mañana. La autopista estaba tranquila. Las personas conducían rápido porque no había mucho tráfico, ni mucha niebla. Solo el frío que me dejaba aterido en el asiento del copiloto. En la radio estaban las noticias y Mario, el conductor, me contaba un par de anécdotas de su larga trayectoria llevando a periodistas de un lado al otro a realizar cubrimientos.

No sé si muchas de sus historias eran inventadas o exageraba en algunas, pero parecía que sí. A veces creía que irradiaba ficción. Ya llevaba nueve años en el negocio y me decía que al principio tenía mucho cuidado con cualquier conductor con el que pudiera tener algún pleito. Si lo grababan a él y al carro con todos los logos del medio, se podía meter en problemas.

-Pero ahora ya no me importa. Aquí en Bogotá la gente no sabe manejar. Hay mucho buñuelo por ahí y mucho "gamín". Yo nunca he peleado, pero sí les bajo el vidrio y les nombro la madre-.

Mario es uno de esos conductores que es amigo de todas las personas en la empresa y se habla de tú a tú, incluso hasta con los poderosos. Tiene la cualidad de caerle bien a la gente y realmente lo admiro porque yo nunca he contado con esa gran virtud.



Otro conductor casi nos hace chocar. Pasó un semáforo en rojo y no se dio cuenta porque venía hablando por su teléfono. Empezó a dar reversa y, cuando pasamos por enfrente, la mujer que lo acompañaba se percató del logo de la emisora y se puso nerviosa. Pude notarlo. Ese es el poder de los medios, pero hay que saber utilizarlo. Muchos no aprenden a manejarlo. Creen que son muy poderosos y mueven sus influencias, pero un día despiertan cuando ya no están contratados y tienen que volver a montar en bus. La gente deja de tratarlos con deferencia y les toca entender a la fuerza que el poder que creían tener era solo un espejismo. El poder de los medios es solo un espejismo y uno puede usarlo para ayudar a los demás y hacer algo bueno por la sociedad o para beneficiarse a sí mismo. Lo cierto es que dura poco y, cuando ya no existe, algunos no pueden soportar verse sin él.

Cuando llegamos a Catam, que son las instalaciones del aeropuerto dedicadas exclusivamente a operaciones de las Fuerzas Militares -de allí parten los vuelos del presidente y sus ministros- los soldados hicieron una detallada requisa del automóvil y de nosotros, y nos dejaron entrar. Era la madrugada y aún en la madrugada ya había por lo menos una docena de jóvenes barriendo el pasto y las calles de la base. La disciplina militar. Pasamos frente a un grupo de hombres muy bien armados que recibían las indicaciones para el viaje. Un viaje de un alto funcionario es todo un hito de burocracia aquí o en cualquier parte del mundo. Se mueven millonarias sumas de dinero para proteger a una sola persona. Dotaciones, gasolina de aviones y de vehículos terrestres; salarios; alquiler de oficinas, de salones de hoteles, además de una portentosa escolta personal y de armas y logística extra. Esa es la vida de un político. Todo gira en torno a la apariencia. Y lo que se debe aparentar, sin excusa alguna, es poder. Mucho poder y autoridad.

El viaje comenzó.

El avión es un Fokker F28 de fabricación holandesa. Es un jet, pero es pequeño. Mucho más pequeño que los tradicionales aviones comerciales que llevan a cientos de pasajeros.

El vicepresidente fue general y director de la Policía, y fue escogido como el mejor policía del mundo por una asociación a nivel internacional. Durante sus años al frente de la institución resaltaron los resultados en contra del narcotráfico y la disminución de las muertes violentas. El presidente Santos lo escogió también como negociador del Gobierno en el proceso de paz con las Farc y esa confianza lo llevó a su cargo actual, luego de que Germán Vargas se hiciera a un lado para lanzarse a la carrera con el fin de suceder a su exjefe.

Naranjo parece tener mucha sabiduría. Es alto, fornido y tiene el cabello oscuro, en el que afloran un par de canas. Ya lo había visto en otro escenario político y recuerdo bien que llevaba un traje gris con una corbata que traía dibujos de ositos de peluche y pensé que la usaba porque había perdido una apuesta con uno de sus nietos. Es respetuoso: una vez en el avión se acerca hacia cada uno de los periodistas y los camarógrafos y les da la mano a todos. Lleva zapatos vinotinto, pantalón beige y camisa blanca perfectamente planchada y debidamente arreglada. Los botones en línea con el cinturón. También tiene puesta una chaqueta café de aviador que no demora en quitarse porque la ciudad a la que nos dirigimos es de no menos de 25 grados de temperatura, y unos lentes que deposita con cuidado dentro del bolsillo de la camisa.

El sinónimo de Tumaco es coca. Es una ciudad costera del departamento de Nariño y la que tiene la mayor cantidad de cultivos de coca en el país. 17.000 hectáreas en total. De hecho, fue escogida por el Washington Post como la capital de la coca en el mundo, un título no muy atractivo para los turistas. Además de la coca, en Tumaco se vive una situación delicada de violencia porque muchos actores armados se pelean las zonas que dejaron los guerrilleros de las Farc cuando decidieron recoger las tiendas y empezar el viaje hacia las zonas

veredales. Ahora la guerra ya no es entre los soldados del Ejército y los rebeldes de las FARC, sino entre los soldados del Ejército, las BACRIM, los subalternos de los narcotraficantes, los guerrilleros del ELN y algunos disidentes de las FARC que no se sintieron a gusto con el Acuerdo de Paz. Las problemáticas han empeorado y eso sin hablar del tema de desempleo y de empleo informal que es del 22%, me diría luego uno de los asesores del alcalde.

En el aeropuerto está dispuesta una plataforma con un pequeño espacio de recepción. Naranjo baja del avión y es recibido con una fila de saludos de los militares a cargo de la seguridad de la región. Rápidamente le cuentan los avances que han tenido y los últimos hechos que se presentaron en días pasados. El general presta cuidadosa atención y luego se dirige a la camioneta de máximo blindaje que lo protege junto a un grupo de cerca de 100 hombres y de numerosos miembros de la fuerza pública que se detienen a exhibir sus largos fusiles en cada esquina por donde pasa la caravana.

Nosotros, los periodistas, vamos en un bus aparte, pero muy cerca de los vehículos blindados. Es una zona de alto riesgo. El vicepresidente se va a reunir con los líderes sociales y las autoridades del municipio para llegar a acuerdos y lograr metas en el factor seguridad. De camino al hotel, puedo ver que, pese a las 17.000 hectáreas de coca que son utilizadas por narcotraficantes para enriquecerse, en Tumaco abunda la pobreza. Hay chozas de lata y de madera construidas sobre caños. Un niño afro camina completamente desnudo hacia la que parece una vivienda, pero que no tiene puerta de ingreso ni ventanas. Solo paredes y un piso sólido en el que debe haber algún pedazo de colchón viejo en que seguro comparte con su madre o sus abuelos. La gente nos mira extrañada, como si nunca hubiesen visto una caravana de poder con semejantes armas a bordo y seguramente nunca la habían visto. Cada ciudadano se detiene y gira su cabeza para tratar de saber quién es el que viaja con tanta parafernalia.

Las mujeres usan jeans cortados a las rodillas y camisas sin mangas. Los hombres usan jeans cortados a las rodillas y camisas con mangas, pero dobladas hasta los codos. Algunos no usan camisas. En el camino hay una valla gigantesca que dice "Tumaco, perla del pacífico". Y en realidad es una perla de afrocolombianidad. Tiene cerca de 205.000 habitantes y hasta ahora los únicos blancos del lugar somos nosotros.

Una vez llegamos a la zona turística, reafirmo el concepto de "perla del Pacífico". La playa tiene una buena extensión y parece, a diferencia de las calles y las construcciones de los hoteles que están frente a ella, intacta en el tiempo. No hay basura y el mar no se ve contaminado. Hay un gran morro a pocos metros de la arena y las olas se mueven tempestuosas. "¡Cuántas historias ha levantado la arena aquí!", pienso.

Ya dentro del hotel Villa del Sol, que es el lugar en el que han definido que se llevará a cabo la reunión para discutir el asunto de seguridad, el ambiente parece un poco hosco. No nos dejan entrar al salón. Es un evento a puerta cerrada y hay un ligero aire de tensión. La noche anterior acababan de asesinar a un joven que parecía que estaba tratando de acercar a los disidentes de las Farc que no quisieron adherirse a la dejación de armas, para que tomaran la decisión de una buena vez. Pero, según me cuentan algunos defensores de Derechos Humanos, los paramilitares que todavía existen lo abalearon en una esquina, en la zona urbana.

Su familia está velando su cuerpo y llorando su partida en algún lugar a pocas calles de aquí, mientras que estas personas tratan de lograr que dejen de asesinar a su gente sin mediar palabra.

Uno de los periodistas de los medios locales me cuenta que trabajar en Tumaco, además de ser mal pago, es arriesgado. Allá no le dan una Toyota último modelo blindada a cualquiera que piense que su vida está en riesgo por denunciar

pequeñeces, como sí ocurre en Bogotá. En Tumaco las amenazas dejan de serlo y se convierten en muerte. O en exilio, en los mejores casos. Me cuentan que el grupo que no se acogió a los acuerdos se divide en dos. Una parte dejó la lucha revolucionaria y ahora se dedica exclusivamente al negocio del narcotráfico y la otra insiste en las armas como camino para hacerse con el poder. Entre ambos se combaten y eso ha causado un fenómeno de violencia y de asesinatos que, sumado a los enfrentamientos entre las bacrim, los paramilitares y los delincuentes comunes, tiene al pueblo en una grave situación de orden público. La gente no sale tranquila y hay tantas motos que no se sabe en cuál de ellas podría movilizarse un sicario. “Un celular y un chaleco antibalas no protegen de una AK47”, me dirá luego otro de los líderes comunitarios.

Nos dejan entrar por unos minutos al salón donde se lleva a cabo el encuentro solo a hacer un par de fotografías y la puerta vuelve a cerrarse. Es de madera antigua y chillona. Luego de salir, suena sin aviso el sonido de un bastón que golpea en el piso. A José Gregorio tuvieron que amputarle una pierna luego de que una bala se incrustara en su carne arriba de la rodilla. Era un guerrillero de las Farc y luego de la firma del Acuerdo quedó encargado de servir de mediador en la zona para intentar que los disidentes se reincorporaran a la vida civil.

Son cerca de 330 y, en medio de todo ese grupo, hay varios nombres de supuestos capos que sobresalen. “Dany, David Hugo y Junior” son algunos alias que se disputan las hectáreas de coca y los negocios criminales. Hay otro que se llama “Cusumbo” y es uno de los más peligrosos, según dicen los que conocen el tema en el terreno, valientes o desafortunados. A veces ambas.

La reunión por fin terminó. Llegaron a varios acuerdos y el vicepresidente regresará dentro de un mes para realizar un balance de los resultados de los planes que se van a empezar a desarrollar. Un comité de seguridad, escoltas y un plan de protección más serio y fortalecido para quienes estén amenazados o corran riesgo, además de la política pública para combatir y erradicar la coca

hecha polvo blanco. En todo el país se busca erradicar 50.000 hectáreas solo en un año y sustituir de forma voluntaria otras 50.000 y, según el último reporte de la Casa Blanca, el total a nivel nacional es de 146.000. Aún quedarían faltando 46.000 hectáreas y solo 17.000, que es una cifra muy imponente, tiene en una profunda crisis de gobernabilidad y homicidios a Tumaco. El problema, más allá del ELN o de los paramilitares, es la coca, sigue siendo la coca, y muchos se han preguntado si, luego de desarmar a las Farc, realmente la paz pueda ser una realidad en las regiones. Tumaco es un buen experimento.

La rueda de prensa dura cerca de veinte minutos y, cuando acaba, el vicepresidente sale con una horda de escoltas casi trotando detrás de él. En menos de treinta minutos deben estar en el aire. Más bien diré “debemos” porque todos los periodistas de Bogotá regresamos en el Fokker.

Me despido de la “perla”. De regreso, veo a las mismas mujeres con los jeans a la mitad y a los mismos hombres, pero ya sin camisa, con la misma expresión de confusión ante la premura de los soldados. El niño desnudo que me había impresionado sigue exactamente igual que la primera vez que lo vi. Sus juguetes no han dejado de ser un par de palos y unas cuantas piedras en el caño de agua negra sobre el que está construida su casa de madera y entonces comprendo que realmente el mar y las playas tienen ese efecto asombroso de detener el tiempo y congelar todo a su alrededor.

## Capítulo 7

Nicolás me escribió hoy. Es un gran amigo que también siente la misma irremediable pasión que siento yo por la escritura. De cada autor del que le hablo, ya se ha leído diez libros. Es un maestro, pero no un ñoño. Tiene el equilibrio que debe tener todo buen escritor para conocer historias dignas de ser narradas. Nicolás vive una vida de lector incansable, pero de vividor ávido de conocer nuevos mundos.

Hace poco me contó una historia de una vez en la que se emborrachó con Santiago Gamboa y William Ospina en un evento en Cartagena y realmente lo envidié. No es bueno para beber y se embriaga fácil. Yo soy el que solo se toma algunas cervezas y una o dos copas de vino en una noche de fiesta y, por ende, soy también el de la aburridora misión de cuidar a los borrachos, una vez se han pasado de tragos. Y la verdad es que, aunque no lo disfruto, ya me he acostumbrado a la incómoda situación. Nicolás siempre se embriaga hasta que termina inconsciente y también le envidió esa capacidad para dejar de preocuparse por los problemas y vivir al ritmo de los días.

-Entonces, mi querido amigo, ¿qué vas a hacer esta noche? Conocí un lugar maravilloso al que me gustaría llevarte. Arréglate. Nos vemos a las 8 en mi apartamento. Antes podemos pasar por Wilborada. Quiero comprar un libro que me recomendaron, Me avisas... saludos-

8:30 de la noche. Le doy al celador mi nombre, mi número de cédula, y poso con cara de no saber cómo hacerlo frente a la pequeña cámara que está atornillada a la mesa. Se trata de la foto que ahora toman en muchos edificios como medida de seguridad antes de permitir el acceso.

-¿Para dónde va?

-A donde Nicolás, en el cuarto piso-.

-Ah sí, sí. El joven Nicolás, claro que sí. Ahí está con un buen grupo, comenzando la noche, jejejeje. Muy bien...

-¿Un buen grupo? Ah sí, ya me imagino. Así es él, le encanta dar buenas bienvenidas a los amigos.

-Jejejeje, siga, don Dan...Da...

-Dante.

-Don Dante, que la pase bueno.

El ascensor es escalofriante. No solo es exageradamente pequeño, sino que todavía tiene una especie de tela en las paredes y en el techo, como si el edificio aún se encontrara en construcción. Miro a la cámara y sé que ese guardia me observa con detenimiento. Ya lo conozco. Le gusta estar pendiente de cualquier cosa que pueda pasar. Cuando por fin salgo de la pequeña cápsula rectangular, me detengo en el borde y miro abajo. Parece fácil morir. Luego miro al cielo: es claro, no hay nubes. La noche se ve sensacional. Timbro y Nicolás me recibe. Sostiene en su mano una botella de Aguardiente Néctar Verde. Solo con ver ese frasco me dan ganas de vomitar. Nunca pude soportar el olor del anís que pica fuerte en la garganta y sabe a alcohol de casa combinado con muchas mentas viejas.

-Mi querido amigo, me alegra que no hayas ignorado mi amable invitación. Entra, por favor. Sigue. Ya conoces mi humilde aposento que está hoy más brillante y lujoso que de costumbre por la presencia de nuestras resaltables invitadas-.



Seis mujeres. Bueno, seis jóvenes sobre un sofá con la música alta y con una copa de trago en cada mano.

-Mis ilustres bellezas, déjenme por favor presentarle a quien en pocos años será uno de los mejores periodistas de este país. Recuerden su rostro. Este es Dante, lector apasionado, escritor y buen bailarín-.

Nunca me ha gustado que Nicolás se exceda en sus comentarios sobre mí. No voy a ser uno de los mejores periodistas del país. Ni siquiera soy un buen periodista ahora, pero a él le gusta hablar y yo entendí ya hace algún tiempo que no hay que callarlo.

-¡Hola! Nicolás siempre exagera. Me disculpo por sus halagos idealistas. Soy Dante. Un placer-.

Dejé mi chaqueta en la habitación de Nicolás y fui a la cocina para buscar una cerveza deseando que en el refrigerador estuviese escondida la Club Colombia Negra que había dejado lista para destapar hace un par de noches cuando lo visité para pedirle correcciones sobre algo que había escrito.

No estaba, pero sí había varias Póker y no iba a pedir un domicilio solo por una cerveza, así que tomé una botella y le quité la tapa. De repente, una de las chicas entró.

-Hola, no nos hemos presentado. Soy Sara. No eres muy social, ¿verdad? Más bien me parece que eres un poco tímido y esa, déjame decirte, es una cualidad desfavorable para un periodista-.

-Dime algo que no sepa, por favor-

-Jajajaja. ¿Me servirías un vaso de agua?-

-Claro. ¿Con hielo?-

-Hummmmm, sí, sí.

-Con hielo, entonces. ¿Y tú de dónde eres?, ¿qué haces en la vida?-

-Es una historia larga y es mejor empezar por el final, como Truman Capote. Así que puedo contarte que estudio literatura y ciencia política. No me va bien en el amor. Soy un poco bohemia. Me gusta la música clásica. Mi favorita es "A time for us", el soundtrack de *Romeo y Julieta*. Y mis células hierven por la danza. Me encanta. Espero que lo que dijo Nicolás no sea un mito y me lo compruebes esta noche-.

Sara era alta, un poco más alta que yo, aunque esa noche usaba unos tacones de buena talla. Sus ojos eran verdes y su pelo, rubio. Tenía sin duda una sonrisa honesta y una coquetería implacable que a mí ya me había causado buen interés. Usaba un jean apretado con un par de agujeros en las rodillas, una blusa blanca suelta que dejaba ver algo de su delineada cintura y encima un escote que me indicaba el color bronceado de su piel. La talla de su brasier no era pequeña y fue difícil desviar la mirada, de lo cual ella era consciente. Era su ritual. Parecía una mujer que conseguía lo que quería en temas de hombres, y yo... yo sabía cómo lidiar con ese tipo de chicas.

-Entonces, ¿te gusta Capote?

-Sí, el gran periodista estadounidense. Rompió esquemas, ¿no crees? Es decir, ser gay en el siglo pasado no era solo un pecado, sino una condena permanente. La gente debía rechazarlo, hablar barbaridades sobre él, estigmatizarlo y, a pesar de todo eso, fue él. Nunca les tuvo miedo a los

comentarios y se impuso con sus habilidades con la pluma por encima de lo que estaba bien para la sociedad.

-Y no solo con la pluma. Era un gran investigador. ¿Sabes algo?

-Dime

-Bueno, no sé... es la primera vez que...quiero decir, me sorprendes.

-¿Por qué? ¿Nunca habías hablado con una mujer guapa, inteligente y amante de la buena literatura?

-No quería decir eso, Sara. Pero debo reconocer que es algo extra...

En un movimiento que no me esperé, Sara vino de forma trepidante hacia mí y puso sus labios húmedos sobre los míos mientras apretaba mi espalda contra la integridad de su cuerpo. Pude sentir muy bien sus senos a través de mi pecho y fue exquisito. No fue un beso largo, pero duró la cantidad de tiempo exacto para aniquilarme. Y lo peor es que no estaba preparado. Me tomó con el escudo abajo y estaba acabado. Tenía toda mi atención. Ahora no era más que un ente andante con una idea incierta de cómo iban a terminar las cosas, aunque sabía bien cómo deseaba que terminaran.

-¿Vamos?... Parece que las cosas se están poniendo interesantes allí atrás.

-¿Más interesantes que aquí?- le dije.

-No, pero para esto tenemos toda la noche. No hay afán, señor periodista.

Me tomó de la mano y yo solo la seguí impaciente prestando cuidadosa atención al movimiento de sus piernas. Cuando llegamos a la sala, me soltó y yo bebí un trago de cerveza. Una gota de sudor se me escapó por la frente y Nicolás me miró con el gesto genuino de un amigo que ya sabe lo que ha sucedido o lo que se está hilando sin precaución.

Todos sabían que pasaba algo. Nos habíamos tardado mucho en la cocina, pero no me importaba que se enteraran. Resulta que al final las mujeres suelen desear más a los hombres cuando saben que hay una de ellas que ya gritó “¡tierra!” y desembarcó a las tropas. Es una especie de competencia que disfrutan, algo así como humillar a las demás y hacerles saber quién es más linda o tiene la silueta más candente o la mente más inteligente para conquistar a quien se proponen. Y en definitiva, Sara ya tenía sus caballos en formación.

-Nicolás, y dime... ¿cómo vamos a hacer solo tú y yo, querido amigo, para garantizarle a este maravilloso grupo de señoritas que la van a pasar bien esta noche?

-Les dije, mis queridas, que no es tímido, solo algo serio y arrogante, pero con un par de cervezas se vuelve más divertido. No te preocupes por eso. En camino vienen Daniel, Carlos, Camilo y Diego. Soy bueno haciendo las cuentas...

Daniel, Carlos, Camilo y Diego eran mis amigos de la Universidad. Hacía algún tiempo no sabía de ellos porque, aunque todos habíamos estudiado periodismo, no todos se dedicaban al oficio y tenían horarios difíciles. Iba a ser una buena noche para recordar los viejos tiempos y las viejas hazañas, pero yo no podía quitarme a Sara de la cabeza, ni de la vista. Estaba frente a mí riéndose con sus amigas, mientras yo trataba de prestar algo de atención a los planes de Nicolás

para la noche. Pero ella me miraba con sus ojos fulminantes y su maldito escote no paraba de capturar-me.

-Entonces, cuando llegue la hermandad tomamos un par de tragos más aquí y luego nos vamos al bar este en el que solo colocan reggaetón... ¿Cómo se llama?... Eh... siempre se me olvidan los buenos lugares.

-No hablarás de ese antro de nuevo...

-Ay, por favor, querido amigo, tú y yo sabemos bien que no aguantas un minuto más de vida sin sentir el cuerpo delirante de Sara meneándose como una hiena para ti.

Sí, como lo había dicho ya, Nicolás era un buen híbrido entre intelectual de la época y vividor acelerado. Siempre me impresionó que cantara con semejante exactitud las canciones de Don Omar y se supiera a la perfección los poemas de Borges y las frases célebres de Gabo y sus autores preferidos. Ese era un talento que merecía toda admiración.

-Bueno, no voy a negarte que no estaría mal bailar con tu amiga... ¿cómo se llama?

-Jajajaja, por favor. A mí no tienes que tratar de ganarme con tus tácticas infalibles. Ese nombre ya no lo vas a olvidar dentro de mucho tiempo.

El timbre sonó. En efecto eran nuestros amigos. La noche se ponía interesante. Pero, de repente, mi celular sonó.

En mi pantalla pude leer "CEREMONIA HOTEL".

Me dejó seco. El celular vibraba y yo no había sido capaz de contestar. Esa llamada de ese número a esa hora no podía más que significar un encuentro. Mis amigos entraron, saludaron y se sirvieron unas cervezas. Yo volteé a mirar a Sara y estaba distraída. Fui a la habitación de Nicolás y traté de cerrar la puerta para que no se escuchara el parlante con la canción de salsa “Canela” que debía tener a todos los vecinos muy molestos y prontos a llamar a la Policía. Contesté.

-Usted.

-Periodista, tiempo sin saber de su vida.

-Bueno... la verdad es que nuestra única conversación fue un poco fugaz. Fue usted la que decidió dejarme tan rápido. Además, por estos días han pasado muchas cosas; usted sabe, las noticias nunca paran.

-Ajá, ajá, eso dicen los capitalistas. Producir, producir y producir. ¿Cómo está de noticias esta noche?

-No. Esta noche estoy libre...¿por qué?

-12 de la noche en el Cine Tonalá. Le va a ser fácil reconocermé. Llevo el mismo pantalón de la vez pasada y ni se imagina lo que hay debajo. No me falle.

-¿A las doce? Pero, ¿por qué tan...?

Me colgó e inmediatamente se abrió la puerta. Era Sara.

-¿Por qué tan tarde qué?, ¿tienes planeado verte con alguien más hoy?-

-No, no. Era mi jefe para un evento el próximo lunes. Esta noche me quedo contigo.

-Pues realmente espero que así sea, porque, según dijeron tus amigos, vamos a ir a un lugar en el que podemos bailar muy pegadito y no creo que quieras perderte eso. Ya veremos a dónde vamos después.

Se acercó una vez más y me tomó el rostro. Me volvió a besar y luego bajó su mano hasta mi abdomen. Yo la tomé de la cintura y entonces se detuvo, se alejó y se dirigió hacia la puerta.

-Apúrate, parece que ya nos vamos.

## Capítulo 8

Como le decía, mi ilustre periodista, del poder jamás nos van a sacar si alguna vez lo tomamos. Lo que pasa es que aquí han manipulado a la gente desde siempre y los que lo han hecho son gente como usted, idiotas útiles al servicio del poder. Pero no le voy a negar que desde la primera vez que lo vi me causó un sentimiento de confianza. Espero que no me defraude, porque, si alguna vez me entero de algo que no debió hacer, sobre todo acerca de lo que le cuento, se olvida de mí para siempre y puede buscarme por aire y tierra: no me va a encontrar.

¿En qué parte de la historia íbamos?

Ah sí, mi familia. Pues no los veo desde hace años y lo que le puedo decir es que nunca me acostumbraré a vivir sin ellos. Son como desaparecidos. Yo nunca volví a saber qué ocurrió, pero cada noche me acuesto rogándole a Dios que los cuide bien y que sigan con vida en alguna finca de estas inmensas montañas que parecen no acabarse nunca.

Solo quienes hemos vivido el dolor de no volver a saber nada de nuestra gente, de tener que aceptar que son como fantasmas lejanos de una historia pasada que ya no nos pertenece, podemos realmente entender a los que han tenido que pasar por algo similar. Cuando uno pierde una pierna o un brazo, al final tiene que aceptarlo y aprender a vivir y a hacer las cosas de nuevo sin ese miembro, pero, cuando uno pierde a su familia, es como si un pedazo del alma se fuera para nunca volver y lo deja a uno como medio “zombie”, viviendo por inercia, sin motivos para levantarse a rebuscarse la subsistencia.

Mi mamá, como le decía, era muy bella. Ella era paisa. Sus papás también y en esas tierras la criaron. Dicen que todas las paisas son muy bonitas, aunque algunas se creen bellas porque se operan las marías o la cola y se hacen meter



esas agujas en el abdomen dizque para bajar grasa, pero yo creo que la belleza es natural y uno tiene que aprender a amarse como es. Al final, esos pequeños defectos son los que marcan la diferencia.

Mi mamá se llama Zoraida. No me gusta decir “se llamaba”, porque nunca se me va a apagar esa pequeña luz de esperanza que todavía me queda para encontrarla. Zoraida Amaya. Y mi papá, decían que se llamaba Jaime Arturo, pero de él nunca supe nada. Supuestamente él trabajaba sembrando papa y, cuando conoció a mi mamá, se enamoraron y él se envalentonó para ir a pedirla en matrimonio a mi abuelo. Pues así fue y los viejos de mi mamá le dijeron que no, porque no tenía ningún trabajo estable y era muy joven. Mi mamá me contaba que apenas tenía 16 años en ese momento y mi papá debía tener 27. Como le dijeron que no, entonces le propuso a mi mamá que se fugaran y una noche fue por ella hasta la finca. En medio de la oscuridad y el silencio se fueron corriendo por entre los cultivos de café de los vecinos. Estuvieron de buenas de que la gente no se diera cuenta y los perros no se despertaran, porque eso en otros tiempos se pagaba con bala. Todavía hoy se castiga así en muchas partes.

Mi papá tenía una chocita acomodada por ahí en cualquier baldío para pasar los primeros días y ahí dormían mientras él seguía cultivando y ahorrando para arrendar una casita más grande y mejor construida. Un día mi mamá estaba esperándolo mientras preparaba la cena que ella me contaba que todos los días era sancocho de verduras, lo mismo que comí yo toda la vida cuando estaba con mi familia, y en la guerrilla, y todavía hoy. Pero el viejo nunca llegó. Esa noche ella no supo qué hacer. Se quedó ahí sola llorando pensando que se había ido a alguna cantina y que debía estar borracho engañándola con cualquier vieja, pero al otro día tampoco supo de él. Ella se tuvo que volver a acostar sola y con la barriga vacía porque me imagino que con esa depresión no comió nada, y, a la mañana siguiente, ya se decidió a ir a la finca del patrón para preguntarle por él. Me contó que el tipo estaba muy nervioso cuando ella llegó, pero le dijo que no sabía nada. Que Jaime había salido de allá temprano el primer día y que al

siguiente no había ido a trabajar. No sabía nada más. Mi mamá decidió irse para el pueblo, pero eso que suena fácil en las montañas y en las tierras alejadas de su ciudad llena de modos de transporte y calles bien pavimentadas, no así de sencillo en los pueblos, sobre todo entre las montañas. Uno puede demorarse a veces hasta dos o tres días para llegar al lugar en donde están los comandos de la policía, las escuelas, los centros de salud y todo eso. Pero mi mamá estaba muy aterrada. Entonces decidió coger camino. Tuvo que tomar un burro hasta una carretera y luego un bus grande que se conoce como “chiva”. Yo conozco bien la historia porque no fueron pocas las veces que le pedí a mi mamá que me la contara. ¿Usted ha visto alguna “chiva”? Esos buses no se varan, ni siquiera en las carreteras de barro empinadas. Yo no sé qué tienen, pero son efectivos y uno hasta la pasa bueno de viaje en medio de estos paisajes que son tan asombrosos. Es que por eso tanto gringo viene aquí. A drogarse, a disfrutar de nuestras mujeres y a ver los paisajes tan bonitos que tenemos. Este país parece un pequeño fragmento cortado del cielo y pegado en la tierra. Lo que pasa es que los todopoderosos dueños de la patria lo han regalado todo a los extranjeros. Con eso es con lo que hay que acabar.

En fin... le sigo contando. Mi mamá llegó al pueblo y, como una campesina más, tuvo que esperar a que los agentes se desocuparan para ver qué había pasado con mi papá, pero ella no tenía nada de información de él... no sabía cuál era su cédula. Ni siquiera debía saber bien sus apellidos completos. Entonces, simplemente, dio sus nombres y le dijeron que volviera en una semana para ver qué podían hacer. Usted sabe la agilidad de las instituciones de este país para tratar los casos y el drama de la gente pobre.

Bueno... supongo que usted no sabe de qué le hablo.

Al final, a mi mamá le tocó volver a la chocita y cada semana regresaba al pueblo para preguntar qué sabían y siempre le decían lo mismo. “Estamos averiguando”.

En esas pasó un mes y le tocó ir a pedirle trabajo al patrón de mi papá, al que le dio pesar y la puso a hacer lo que él hacía, sembrar papa. Como a los cuatro meses, se dio cuenta de que estaba embarazada de mí papá. Iba a tener una hija, ya sabrá de quién se trata.

Pues al final mi mamá tuvo que dejar ese trabajo, pero se puso a lavarle la ropa a todos los vecinos y así poco a poco fue ahorrando para arrendar una casita muy muy chiquita y sin nada, pero más digna. Yo nací al poco tiempo y aprendí a trabajar muy rápido. Aún me duele mucho contarle esto porque extraño mucho a mi viejita. Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde y hay personas que no valoran a su mamá porque piensan que no hace nada por ellos, que solo está en casa lavando o haciendo la cena, limpiando los baños o cuidando a los nietos, pero lo cierto es que ese es el trabajo más importante del mundo y también el más desagradecido. Si yo pudiera volver a verla solo cinco minutos, señor periodista, si tuviera la oportunidad de abrazarla y besarle el rostro, tomarle una de sus manos y mirarla a los ojos, lo único que le diría es “gracias y que la amo”. La mamá es lo más importante que uno tiene en la vida y muchos no se dan cuenta hasta que se les muere o desaparece como la mía.

Ni hablar de mi hermanito. Ese es cuento para otra historia.

## Capítulo 9

No sabía qué hacer. ¿A qué situación tan absolutamente rara había llegado? Era Sara o aquella mujer de la que sospechaba, se trataba de una guerrillera que trabajaba para el alto mando de las FARC. Podía ser una buena fuente para mi trabajo y, además, no dejaba de pensar en ella y en su belleza absurda aquella vez que casi modeló para mí cuando se fue. Sara era extremadamente seductora, muy sensual y sabía de literatura. Si me iba y la dejaba, no me hablaría de nuevo, pero, si no le cumplía a aquella misteriosa mujer de la ceremonia, no volvería a saber nada de ella, y esa historia me parecía que merecía ser desentrañada más que cualquier otra.

Tenía un dilema punzaba como una aguja delgada y solo había una persona en ese lugar que podía ayudarme a resolverlo.

-Nicolás, ¿puedes venir un momento, por favor?-.

-Mi querido amigo, ¿no me puedes hablar en el camino? Las chicas ya están casi listas.

- Sara está terminando de maquillarse. Ven, por favor.

Dejó de alistar la sombrilla y vino a la habitación. Yo seguía en la ventana muerto de la curiosidad y de ansiedad. Me dieron ganas de fumarme un cigarrillo.

-Tengo un asunto particular esta noche y requiero un buen consejo. Necesito que seas imparcial y me digas qué debo hacer.

-¿Tan grave es?

-Sí. Resulta que hace algunos días conocí a una mujer en un evento de las FARC aquí en la ciudad. Era el cumpleaños número 53 de la guerrilla y me

enviaron de la emisora para cubrir el tema. Estuve observando todo lo que pasaba y emitiendo desde ahí y, al final de la torta y los whiskys, se me acercó a hablarme. Era la mujer que había hecho el papel de maestra de ceremonias y, francamente, era bellísima.

- ¿De verdad había torta y whiskys?

-El punto es que, luego de conversar, ella se me insinuó y me dio a anotar su número. Paso seguido se fue misteriosamente. Yo jamás la llamé y lo grave es que no sé cómo puede tener mi teléfono. Pero me acaba de llamar y me dice que quiere verme a las doce en Cine Tonalá. No sé qué hacer, si me voy y no me quedo con Sara, no va a volver a hablarme y me parece que es, en buena medida, una mujer singular y muy interesante. ¿Qué harías tú?

Nicolás se quitó sus anteojos, se sentó sobre el borde de su cama, cruzó las rodillas en un movimiento digno de un experimentado filósofo y puso el dedo índice derecho sobre su frente. Se quedó en silencio durante unos segundos en lo que pareció una eternidad de siglos gastándose al ritmo de mi indecisión y, al fin, respondió.

-Bueno, déjame ser sincero. La historia que me acabas de describir en un resumen ágil, parece que podría tener un desenlace realmente apasionante y podría convertirse en una historia para contar. Una buena crónica, por ejemplo. Sin embargo, corres un riesgo. Si me dices que no recuerdas haberle dado tu número, puede que la mujer en cuestión tenga los contactos suficientes para dar con la apretada cifra, lo cual significaría que, en efecto, podría trabajar para gente poderosa. Eso hace riesgosa la cita, pero también la hace más interesante. Ahora bien, frente a Sara, resulta que ya todo estaba planeado. Ella leyó algo que escribiste, no sé bien qué, y cuando le conté que eras mi amigo, me pidió que la invitara cuando

planeáramos salir. Como puedes darte cuenta, es una meticulosa estratega y ha logrado cautivarte hasta tal punto que no sabes por cuál de los dos caminos iniciar el viaje esta noche. Sara es muy inteligente, tiene los mejores puntajes en la Universidad, lee más que tú y yo juntos, y es guapa, lo que se presenta como una coincidencia universal y cósmica. Yo te propongo lo siguiente: arriésgate con ambas esta noche. Aún es temprano. Si nos vamos ya, puedes estar un par de horas con Sara y deleitarte ante su singular movimiento de cintura que, créeme, yo ya he visto y he sido bendecido con semejante ritual y, luego, vete a tu otra cita misteriosa y termina de pasar la siguiente mitad de la madrugada en su compañía.

Me pareció una solución viable. No podía simplemente negarme a descubrir las sorpresas que traía Sara que ya me había dado a entender que podían ser cada vez más impresionantes, pero de ninguna forma iba a darme el lujo de dejar de asistir al Tonalá para entender cómo es que esa mujer había dado con mi número y por qué tenía tanto interés en verme.

Salimos del apartamento. Éramos un grupo grande y caminamos un poco hasta llegar al lugar. No era muy tarde, así que todavía no estaba lleno. Aunque había fila para entrar. Era una discoteca sobre la séptima a una cuadra de la Universidad Javeriana. Había que bajar un par de escalones para entrar. Sara me tomó del brazo y el hombro y se acercó para susurrarme algo al oído.

-Ahora sí, espero que no me decepciones-.

-Espero no decepcionarte. Hace un buen tiempo no salgo a bailar-.

Entramos y había varios extranjeros. La música era suave por el momento y las personas conversaban y reían en varios grupos. Buscamos una mesa y fui a la barra por una cerveza.

-¿Te traigo algo?-

-Una Reds estaría bien, gracias. Voy contigo-

Me tomó de la mano. Llegamos a la barra, pedimos las cervezas y nos quedamos un rato conversando lejos de los demás.

-Quiero que me cuentes de ti. ¿Por qué decidiste ser periodista?-

-¿Por qué lo decidiste tú?-

-Yo aún no lo decido. Pero alguien podría influirme a hacerlo con una buena historia-

-Si te gustan las buenas historias, eres entonces una periodista. Yo en realidad no escogí nada. Simplemente sentí que era lo único para lo que podía ser bueno-

-Eso es muy humilde y me han dicho que esa es una cualidad de la que no puedes hablar con mucho compromiso-

-Bueno, la gente dice que soy un poco arrogante, pero no es verdad. Soy tímido, y me escondo detrás de una apariencia seria y poco genuina. Supongo que todos nos escondemos detrás de algo. ¿De qué te escondes tú?-

-Qué buena pregunta, señor periodista. Bueno... no sé, creo que me escondo detrás de una apariencia intelectual de la que me gusta ufanarme, pero quizá no sea así en realidad-

-A mí me parece que lo de intelectual no es un espejo ficticio. Nicolás me dijo que te encanta leer, cosa que ya comprobé, y que te va muy bien en la Universidad. No pierdas el rumbo-.

-Cualquiera obtiene buenas notas en estas carreras. Tú lo sabes bien. Y lo de la lectura es un hobby, un gusto, nada más. Ahora, sobre perder el rumbo, no necesitas decírmelo. Lo tengo muy claro, aunque esta noche podríamos hacer una excepción-.

-No necesitas incluirme en la probabilidad. Si hay algo de lo que estoy seguro, es que yo no tengo claro ningún rumbo, pero si puedo desdibujarlo aún más, concuerdo en que esta noche plantea un buen panorama-.

El animador dio la bienvenida y anunció la primera canción de salsa. Miré a Sara fijamente y ella me arrojó toda su complicidad. La canción era nada más y nada menos que *Te hablo desde la prisión*, del Joe, y supe entonces que era el momento de tomar la iniciativa.

-Ni si quiera voy a preguntarte si gustas o no bailar. Dame tu mano-.

-Jajaja, hay algunos gestos de caballerosidad que son en buena hora prescindibles-.

Tomé su palma y pude sentir el tamaño minúsculo de sus manos y la suavidad de su piel. Sus penetrables ojos verdes me miraban como tratando de descubrir quién era yo en realidad, pero ya había pasado buena parte de mi vida camuflándome y sabía hacerlo bien. Sentí miedo. Mi corazón empezó a latir un poco más rápido. Intenté decir un par de palabras, pero supe que iba a trabarme. Mis pasos, pese a que apenas comenzaba la canción, eran torpes. Sara realmente empezaba a gustarme y mi cuerpo se daba por enterado.



La música aceleró el ritmo y yo escogí el silencio. Ella siguió el juego. Solo bailamos. Poco a poco fui tomando confianza. Me atreví a tomarla de la cintura y caminar hacia delante y hacia atrás olvidando que era una salsa rápida y más bien emulando pasos de un clásico tango argentino. Quizá íbamos a destiempo, quizá no estábamos bailando de acuerdo con la canción, pero lo que pasaba entre ella y yo en ese momento era parte de un mundo que acababa de tomar independencia de cualquier otro intento de realidad. Yo la miraba y ella no quitaba sus ojos de los míos. Le miré los labios y, de nuevo, me fue imposible evitar su escote y sus pechos traídos de una novela de Cortázar. Me decidí, le di una vuelta y, cuando regresó, ya acabándose la canción, la pegué contra mí. Era la segunda vez de la noche que la integridad de nuestros cuerpos se encontraban. La besé. Le mordí los labios infatigablemente y emitió un pequeño aullido de dolor. Luego, ella hizo lo propio y yo volví a besarla con mucha más pasión y fuerza que la anterior. Nos quedamos fijos, atornillados, soldados a ese pequeño metro que habíamos hecho nuestro besándonos durante por lo menos cuatro canciones. Me pidió que nos fuéramos, que dejáramos el lugar, que pasáramos la noche juntos y a mí no me quedaba duda de que deseaba con clamor hacerla mía. Imaginé levantándome en alguna cabaña en una región lejana diez o veinte años después, sirviéndole un café y con la vista ineluctable de las majestuosas montañas, probablemente en algún lugar de Antioquia. Imaginé arrancando un girasol con mis propias manos para llevárselo a la cama en medio de los versos de Borges y Benedetti, de algún fragmento de *Cien años de soledad* o de la historia en Beijing de Gisbert Klaus, en ese fenomenal libro de Santiago Gamboa que decidí llamar *Los impostores*. Imaginé queriéndola como nunca había querido a alguien antes, recitándole mi amor y besando cada parte de su cuerpo y de su vida, embrujándola de pasión y prometiéndole mi alma para siempre, hasta el final de los días. Ya no me importaba la mujer del otro teléfono, ni cómo había dado con mi número. No me interesaba descubrirlo para ese momento. Sara era la única historia que quería conocer en detalle esa noche y las noches venideras.

-Bien, salimos en 10 minutos. Déjame ir al baño antes.

-No tardes, te espero en la barra. Solo voy a despedirme de Nicolás.

Fui al baño a poner mi camisa en su lugar, ajustar un poco la chaqueta, algo de agua en el rostro y un pequeño retoque en el pelo. Revisé mi celular y tenía catorce llamadas perdidas.

CEREMONIA HOTEL.

CEREMONIA HOTEL

CEREMONIA HOTEL

CEREMONIA HOTEL

CEREMONIA HOTEL

En el chat había diez mensajes sin leer. Supe inmediatamente que algo había ocurrido. ¿Iba a cancelarme la cita la mujer misteriosa? Eso sería lo mejor que podría pasar esa noche, pero no quería saberlo. No me atreví a desbloquear el teléfono. Si lo hacía, probablemente iba a dudar de salir con Sara hacia algún lugar y darle continuidad a la fantasía de ensueño que acabábamos de comenzar en ese bar de música caribeña.

Me dirigí a la puerta, tomé la manija, abrí un poco, di un paso, dudé y volví a cerrarla sin salir. Regresé al espejo, me miré durante veinte segundos, metí mi mano en el bolsillo interno de la chaqueta y saqué el celular. Puse mi huella y abrí los mensajes.

## Capítulo 10

Su figura está ahí impaciente y ansiosa. Una de sus rodillas se mueve de arriba abajo sin detenerse. Una lágrima se escapa. Todavía lleva puestas botas de caucho que le permiten moverse con más facilidad por el terreno aún farragoso. El Gobierno nunca logró el 100% de la construcción de las zonas veredales, y los guerrilleros tuvieron que hacerse sus propias carpas. El agua no es potable y cada semana llegan camiones con docenas de litros para suplir las necesidades. Por el lugar pasa un río y, temprano en la mañana, todavía con la cuidadosa disciplina de la guerra, se levantan para limpiar sus cuerpos marcados con heridas, con cicatrices de bala, de bombas, de luto. Ella me pide un cigarrillo y yo debo decirle que no fumo. No cargo cigarrillos. Decidí no seguir fumando porque mi papá me lo pidió. Él fumó casi toda su vida y, en una lección absoluta, los dejó solo para enseñarme que no hay imposibles. Que con orden y con valor se pueden lograr las cosas que nos proponemos. Por alguna extraña razón no quiero seguir escuchándola. Su historia me ha conmovido a tal punto que siento una necesidad extraña de llorar junto a ella, de decirle que está bien que grite, de abrazarla y hacerle saber que estoy cerca y que, aunque no puedo asegurarle que le devolveré a su familia, le prometo mi vida a encontrarla, a entender la historia y las circunstancias que los llevaron a irse de ese lugar en el que ella creía que estaban. Lo hago entonces.

-Le prometo hoy en este lugar con el sol inclemente y el sonido del paso del agua del río como testigos, que no dejaré un solo día de buscar las respuestas para encontrar a su familia- .

-No pierda su tiempo, periodista. Ellos ya no están. Yo sé que ya no están, pero cargo siempre conmigo un espejismo en mi equipaje. Alguien debió enterarse de quiénes eran o, mejor, de quién era su hija. Ahora no sé qué ocurrió y me gustaría saberlo. Pero también pienso y comprendo que es mejor vivir aplazando la verdad asfixiante que me persigue por las noches en mis sueños. Nunca me perdonaré lo

que hice. Nunca debí dejarlos. Fui egoísta y no tenerlos, esta maldita incertidumbre, el duelo perpetuo que significa no saber si están vivos o muertos, es el pago por lo que hice. La vida o Dios se encargan de ajustar y saldar las cuentas. No le quepa duda.

Mi hermano...

Cuando yo nací, el patrón de mi papá decidió encargarse de nosotras. Mi mamá estaba destruida y, ¿sabe? Ahora que lo pienso parece que la constante de mi familia es la desaparición. Como si algunas cosas terribles en la vida se heredaran y pasaran de generación en generación. Por eso siempre he pensado que no quiero tener hijos. Yo he sufrido mucho y no imagino el sufrimiento de mi mamá. Perdió a su esposo y a su hija y no sé qué más. El punto es que yo nací y mi mamá simplemente no podía trabajar y criarme al tiempo. El patrón, que se llamaba Josaín, le propuso matrimonio y ella le dijo que no. Había pasado muy poco tiempo desde la última vez que vio a mi papá y todavía estaba muy enamorada y muy afectada. Pero le propuso que, en vez de trabajar en la siembra, ella podía ayudarlo con las cosas de la casa y que él podía darle una habitación pequeña para que viviera con la bebé. El accedió con claras intenciones. Como le dije, mi mamá era muy bella. Todos la perseguían. Finalmente, mi mamá terminó mudándose a la finca de Josaín y allí crecí yo. Los primeros años mi mamá me contaba que don Josaín hacía todo para conquistarla, pero nada le funcionaba. Al final, él, sin que ella accediera a sus propuestas, terminó contratándole a otra señora para que se encargara de mí, y ella pasó a hacer las labores de administración de la finca. Los temas financieros.

En muy poco tiempo lo que antes era tierra infértil que dejaba muy pocas ganancias pasó a convertirse en una fábrica de billetes. Mi mamá descubrió entonces que tenía un talento inocultable para gerenciar y terminó enamorándose de Josaín. Él era un hombre bueno, honrado y buen trabajador. Campesino, igual que todos. Yo recuerdo que cuando era chiquita lo miraba asumiendo que era mi

papá y le decía “taita”. Pero él jamás me dijo “hija”. Siempre me llamaba por mi nombre y eso dejó una marca, una huella que me hería permanentemente. Por eso un día, con mucha valentía, cuando todavía era muy chiquita quise preguntarle a mi mamá si él era mi papá, porque yo lo dudaba. Y ella me contó la verdad. Esa historia que con los años fue ampliándose en detalles y que siempre le pedía que volviera a relatarme, porque me llenaba de curiosidad y de intriga, pero también de esperanza y de un nudo en la garganta que no me dejaba ni respirar.

Josaín era un hombre alto. Siempre estaba impecablemente vestido, aún cuando solo tenía un par de trajes que utilizaba todos los días. A mi mamá le gustó que, extrañamente, a diferencia de toda la gente de la región, él tenía los ojos verdes y rasgos que le parecían extraños pero ciertamente finos y simpáticos.

Yo crecí muy rápido y todo marchaba bien, hasta que mi mamá quedó embarazada.

En ese momento yo tenía diez años y créame que ya sabía mucho más de la vida de lo que saben hoy personas de veinte o de treinta. Ya para ese entonces yo sabía qué era lo que significaba trabajar. Ya entendía qué era subdesarrollo y pobreza, porque todos los días tenía que ir en mi yegua hasta al colegio y en eso me tardaba una hora y media, y podía ver las trochas sin un solo centímetro cúbico de pavimento. La mayoría de personas de la vereda se bañaban en el río y no tenían electricidad. Por las noches todo era a punta de velas. Por eso es que, cuando crecí, me fui haciendo a la idea de que las cosas estaban mal y había que tratar hacer algo para arreglarlas. En las casas en las que la gente se reunía todas las noches para ver hablar a esa caja grande de madera que funciona con antenas, nos contaban un país distinto o, por lo menos, uno muy, muy lejano y diferente. En esas imágenes llenas de luces y personas bonitas con ropa reluciente uno veía bienestar, edificios que para nosotros eran ciencia ficción, avenidas gigantescas, gente hablando por celulares y con maletines grandes

caminando por las calles. No había caballos y yo le gritaba a mi mamá que nunca quería vivir en un lugar como ese. Que sí, muy bonito y todo, pero que yo no iba a dejar a Julié nunca, y ella se reía y me decía que nunca tendría que dejarla. Entonces yo la abrazaba, la besaba y le agradecía, y luego salía corriendo a poner el balde en el que me subía para consentir a mi yegua y hacerle las trenzas que me gustaba hacerle. La acariciaba suavemente y ponía mi cabeza junto a su costado para tratar de escuchar su corazón. Luego volvía a mirarla y le hablaba de lo que había visto en la caja. Pero le prometía que nunca iba a dejarla y que nadie jamás iba a separarnos.

## Capítulo 11

Efectivamente, en mi celular había una larga lista de mensajes de ese número que logró quitarme la tranquilidad y me había envuelto en un ambiente de zozobra permanente. No sabía de qué se trataba, ni quién podría estar detrás.

- Periodista, no me incumpla- .
- Periodista, estoy seguro que quiere verme-.
- No se olvide que nuestra cita es a las 12:00-.
- Llevo un gabán negro y un vestido plateado-.
- Ya voy a salir, ¿por qué no me contesta?-.
- Espero que no me falte. Si no lo veo allá a la hora pactada, nunca volverá a saber de mí, y no puede imaginar lo que se pierde-.
- Su decisión-.

Además de los mensajes, la agenda de llamadas perdidas de mi teléfono registraba casi veinte intentos. ¿Por qué quería verme esta mujer con tanta intensidad?, ¿qué era lo que tenía planeado para mí esa noche?

Pocas veces en mi vida había sentido una conexión tan profunda con alguien como la que acababa de sentir con Sara. Estaba realmente en una acertijo abrumador. No podía pensar en la posibilidad de terminar esa noche sin ella. Por fin había conocido una mujer con lo que me gustaba. Tuvimos una conversación del más alto nivel intelectual. Me demostró ser una voraz lectora, y era una mujer hermosa como ninguna otra en esa discoteca. La forma en la que nos conquistamos mutuamente fue tan romántica y apasionante que sabía que un par de días con ella me darían para escribir diez libros y, si un día tenía que resignarme a escapar o a dejarla ir, entonces tendría material para escribir cincuenta, pero también estaba frente a mí una historia que solo tendría la oportunidad de vivir esa noche. Era el romance con el que había soñado siempre o la aventura periodística.

-Ya sé-, dije mirándome al espejo.

El baño era muy moderno y cómodo. Lucía llimpio, hasta que alguien más entró con una aparente embriaguez crónica y empezó a vomitar cerca de mí. Siempre he sido un hombre psicópata con la higiene, así que decidí hacerlo rápido para salir y escoger mi destino.

-Se lo voy a dejar a la suerte-.

Saqué una moneda de 500 pesos de mi pantalón, cerré los ojos, me miré una vez más en el reflejo del vidrio mientras se escuchaban los sonidos agonizantes del vómito de aquel hombre en uno de los inodoros. Si sale sello, me quedo con Sara. Si sale cara, me voy a averiguar qué es lo que quiere esta mujer.

Tomé impulso con mi mano derecha y la solté al aire. La moneda hizo varias piruetas y pareció congelarse en el tiempo mientras subía. Finalmente bajó, la recibí con mi otra mano y la puse sobre mi brazo para revisar la decisión del árbitro de la suerte. Cerré mis ojos deseando que hubiese caído sello. Los abrí y bajé la mirada muy lenta y cuidadosamente. Cara.

Me arrepentí de haberle dejado el camino a la suerte que nunca me había dado buenos resultados, y lo asumí. “Ya está, hay que honrar la palabra, algo bueno me traerá esto, espero”.

Rápidamente volví a guardar la moneda maldita que me atormentaría las siguientes horas, y salí de ese lugar asegurándome de que nadie me viera.

-¿Ya se va?- preguntó el guardia.



-Tome. Por favor, si le preguntan por mí, diga que no me vio-. Le di la moneda que me había llevado a abandonar a Sara.

-La perdiste-, me decía mi subconsciente en cada paso que daba alejándome del lugar en el que una mujer había logrado colocar todo de cabeza en mi realidad triste y rutinaria.

Seguía lloviendo y no tenía una sombrilla. Puse mis manos dentro de la chaqueta y preferí caminar. La ciudad se sentía indiferente y ciertamente ya me encontraba en una profunda decepción amorosa, por lo que quería sentir en mis entrañas ese ambiente lúgubre que me arropaba en un frío sin contemplación. Había luces, taxistas gritando y ya varios borrachos en las calles. Mendigos atentos a cualquier oportunidad y un grupo de jóvenes comiendo perros y pinchos en un carrito de una esquina que hacía sentir el olor a comida asándose en la calle a diez cuadras de distancia. Cuántas bacterias e infecciones podría contener un solo mordisco a cualquiera de esas salchichas o hamburguesas.

Recordé el beso y nuestra quietud que se diferenciaba de los rápidos pasos y las vueltas que hacían las otras parejas de bailarines a nuestro alrededor. Me odié. Una vez más estaba escapando al amor y de repente sentí una necesidad de correr y de pisar los charcos que encontrara en el camino. Empecé a hacerlo, me quité de la cabeza la capota de la chaqueta y fui tomando más velocidad y más impulso. Los charcos salpicaban y un carro en una de las calles por las que cruzaba tuvo que frenar en seco y hacer chillar las llantas. El conductor me gritó y me lanzó un insulto.

-¡Hijueputa loco!-

No le hice caso. Solo seguí corriendo recordándola a ella que acaba de dejar plantada mientras desaparecía, sus besos y su acento perfecto, la suavidad de

sus labios y el estremecedor corrientazo que me produjo sentirla cerca susurrándome al oído cuando entrábamos al bar.

En poco tiempo llegué a la cuadra del Tonalá, un café restaurante que estaba de moda por su ecosistema hípster. Era un lugar particular en el que pasaban documentales y películas de cine arte y llevaban a los directores a dar conferencias. Antes del último giro paré en una tienda y pedí una cerveza. La verdad es que ya no me importaba si llegaba y la mujer incógnita se había ido. Me había arruinado la noche y ya tenía pocas ganas de conocer su historia. Me senté en una silla, mientras los jóvenes cantaban vallenatos y rancheras que salían de una pequeña rocola y me miraban impresionados por la humedad de mi ropa, imaginando el frío que estaría sintiendo.

Me tomé la cerveza en dos tragos mientras que escuchaba una canción horrible que me deprimió aún más. Todos la cantaban en coro y yo me preguntaba por qué les podía gustar tanto ese soneto de mala clase y de rima tan básica y mal construida. “Lo que logra el buen marketing”, me dije.

-Lo más triste es que la amo, yo la sigo amando.

Y si quisiera odiarla, no lo puedo hacer.

Mil razones yo tengo hoy para olvidarla.

Pero el corazón no quiere ceder-.

Todos cantaban al tiempo gritando cada parte de esa canción de la cual ni siquiera sabía quién era el autor. Pero me produjo más rabia. Pagué, salí y caminé lo poco que me quedaba para llegar.

Cuando ya estaba en la esquina, vi que había una mujer con una sombrilla grande esperando un taxi. El chofer la vio también y estaba a pocos metros de alcanzarla. Tuve un palpito y pensé que era ella, así que corrí una vez más. La vi más cerca y entonces no me quedó duda. La mujer que me había causado tantos estragos

estaba frente a mí, como había dicho, con un gabán negro amarrado y un vestido plata que alcanzaba a brillar.

-¡Usted!-, le grité-.

Ella se dio la vuelta, inclinó la sombrilla un poco hacia atrás y me miró.

-¡Periodista! Pensé que no iba a venir. Llega tarde, ¿siempre es así de impuntual?-.  
-

El taxista frenó y le preguntó que si necesitaba el servicio o no. Ella le respondió negativamente con la cabeza y se dirigió hacia a mí.

-Con la lluvia todo se pone más difícil, el tráfico es complicado y hay que caminar con precaución por la calle. Usted sabe, a esta hora la ciudad siempre es peligrosa-.

-Sí, sí, supongo. Yo no soy de aquí. De hecho estoy solo por unos días y quise venir a verlo antes de partir. Ya sé que todo esto ha sido muy raro, pero la verdad es que necesito ayuda. Estoy desesperada y creo que usted tal vez pueda darme una mano con todos sus contactos e influencias-

-Yo no tengo influencias, soy un simple periodista-.

-Bueno, ¡no importa! Lo que necesito es que sepa hacer bien su trabajo. Espere. ¿por qué no continuamos la conversación adentro? Llegó justo a tiempo. Estuve muy cerca de irme y no habría tenido el placer de conocerlo, ni usted a mí Dante. Recuerdo bien su nombre-.

-Sí, claro, yo sí tuve la decencia de decirle cómo me llamaba cuando nos conocimos. Usted, por el contrario, solo me sumergió en un ambiente de

drama y misterio que francamente ya no voy a tolerar más. Su nombre, ¿cuál es?-

-Espere, tranquilo. Lamento que todo esto pasara así, pero era la única alternativa que tenía para llamar su atención. Venga, pidamos unas cervezas y algo de cenar. Yo lo invito y le digo mi nombre-

-¡No!, espere. ¿Usted es de la guerrilla?-

-¡Qué impaciente!-

-Si no me contesta, me voy ya mismo de aquí. He pasado una noche muy tormentosa para llegar hasta este lugar y cumplirle, y no voy a aceptar más de su estrategia misteriosa-

-Bien, entiendo. Sí, soy de las FARC. Trabajo con el secretariado, pero solo en temas de protocolo. Nunca he matado a nadie, aunque sí he cargado fusiles, pero, gracias a Dios, nunca he disparado ni un pequeño revolver. Pertenezco al frente Manuel Cepeda Vargas que opera en Cundinamarca, pero, desde que empezaron los diálogos exploratorios, soy como la secretaria del mando central. Los últimos cinco años he estado en Cuba en las negociaciones y, créame, no soy como nos pintan en los medios. Soy una mujer de carne y hueso que sí cometió un error al escoger el camino de las armas, pero hoy estoy arrepentida y con un enorme dolor. Para eso lo busqué, me siento desesperada. Y si se va a ir, hágalo ya. No me importa. Ya estoy bien acostumbrada a que las personas me abandonen y también sé hacerlo bien. Así que dígame de una vez si me va a discriminar o a tratar de terrorista y de asesina, porque, al primer insulto, le pego un cachetadón y me voy. Tratar con una mujer que ha pasado los últimos veinte años en el monte es de cuidado, mi estimado periodista. Y mi nombre es Zoraida.

Se le escapó una lágrima y, aunque tenía el tono fuerte y firme, en algún momento pude darme cuenta de que le temblaba la voz. Todo ese discurso me cautivó y entendí que las cosas empezaban a mejorar. Sí era de las FARC y era muy hermosa. No como Sara. Era una belleza diferente, pero para ser una guerrillera, era extremadamente atractiva. No me quedó opción. Pude sentir su dolor y, sin darme cuenta, me inundó un inminente sentimiento de cariño. No sabía bien por qué si necesitaba mi ayuda me había hablado con ese acento de coquetería desde el comienzo, y pensé que quizás trataría de conquistarme. La abracé, pero me di cuenta de que aún estaba muy mojado y retrocedí.

-Disculpe, no traje sombrilla-.

-No se preocupe, periodista. Venga, vamos entonces y le cuento de qué se trata-.

Caminamos. Ella me tomó de mi brazo izquierdo de la forma en la que lo haría cualquier pareja y eso me recordó con un punzón de dolor a Sara. Como si fuera ella misma la que me estuviera apretando. Mientras llegábamos al café, pensé que era la noche más rara, pero ciertamente más hermosa y regocijante que había tenido en años. Pasé de tener la experiencia más cercana y verdadera al amor a primera vista con una absoluta desconocida, a abrazar empapado en gotas de lluvia a una guerrillera incógnita que estaba por iniciarme en el camino de una historia curiosa. Y con ambas pude sentirme especial, diferente, como desnudo y desarmado. Simplemente yo.

-Zoraida, ¿eh?-.

## Capítulo 12

Mi hermano creció rápidamente igual que yo. De repente, él ya era un niño muy inteligente y sabía hacer muchas cosas que yo le había enseñado. Recuerdo que había días en los que, sin decirle a mi mamá, me lo llevaba a una quebrada que quedaba cerca de la finca de Josaín. Si usted me quiere preguntar cuál es mi lugar favorito, no dudaría en responderle que es ese. Además, porque era realmente escondido y con una belleza natural privilegiada. De hecho, había que bajar una parte de la montaña casi que escalando y podía ser peligroso. Pero los niños que crecemos en el campo somos muy hábiles y podemos hacer todo tipo de cosas que usted ni se imagina. Luego de bajar el pequeño tramo del que le hablo, había una colina de pasto virgen que terminaba en el lago. Ian amaba ir a ese lugar. Me rogaba todos los días que lo llevara, pero solo podía escaparme algunas veces sin que mi mamá se diera cuenta, porque, de lo contrario, me encendía a rejo. Yo siempre le decía que íbamos a estar en los establos con Julié y ella jamás arribaba por allá. Cuando llegábamos, lo primero que hacíamos era acostarnos sobre el césped y dejarnos caer para rodar de lado.

Era la sensación más maravillosa que podía sentir. Y luego, simplemente nos tirábamos a nadar un buen rato. De pronto empezaba a atardecer y yo me lo tenía que llevar obligado porque, de ser por ese niño, se habría quedado a vivir ahí desde la primera vez. Ese era mi lugar. Josaín y yo le dimos su propio nombre. Le llamamos “palaciópolis”. Porque nos hicimos a la fantasía que debajo del agua, muy profundo, había un palacio en el que habitaban pequeños seres que brillaban y solo salían de noche. Los cuentos que uno se cree cuando es niño.

Ian ya debía tener unos seis años y yo dieciséis, cuando un día en el colegio conocí a mi novio, que se llamaba Edonilio era un muchacho alto, moreno y bastante fornido y acuerpado en comparación con los niños de su edad. Yo estaba apenas en sexto y él iba ya en octavo. Ambos éramos bastante mayores para el curso en el que estábamos. Eso es algo que es normal en el campo. Mientras en

las ciudades los niños están empezando la universidad a los dieciséis y diecisiete años, en el campo apenas a los veintiún o veintidós nos estamos graduando del colegio, si es que no nos toca irnos o nos desplazan o matan a algún familiar o cierran la escuela por seguridad. Y en eso tengo que aceptar con la promesa de que no lo cuente, mi estimado periodista, que también he visto con mis propios ojos las barbaridades que hacían algunos compañeros en las escuelas de las veredas.

En muchos pueblos los soldados se encargaban de proteger los caminos que llegaban a los colegios, y algunos frentes colocaban minas justo allí por donde todos los días pasaban en mulas o a pie decenas de niños en uniforme y con las maletas cargadas para estudiar. Una vez nos enteramos que una niña había pisado una mina saliendo de la escuela y perdió la vida. Me sentí sucia, culpable y terriblemente condenada. Durante muchas noches pensaba en esa niña imaginando que se habían equivocado en los reportes, y que en realidad se trataba de un niño que podía ser mí hermanito. Me enfermé y el fantasma de ese abominable y luctuoso hecho me persiguió y todavía me persigue hoy. Al final, sí pudo haberse tratado de mí hermanito y nunca lo sabré.

Bueno, le sigo contando de Edonilio. Yo lo conocí porque me molestaba mucho en el colegio. Decía que era muy bonita y un día me envió un avioncito de papel con un mensaje. No recuerdo exactamente las palabras, pero era algo así como “usted es la niña más linda que he visto en mi vida. Déjeme declararle mi amor”. Y así me conquistó. Evidentemente esa era la primera experiencia de amor que estaba teniendo y probablemente la última. Luego del colegio, él empezó a acompañarme caminando hasta la finca de Josaín. Imagínese. Eran como dos horas de trayecto y rápidamente me enamoré. Él era muy chistoso y extrovertido, todo lo contrario de mí que me sentía inferior y muy poco valiente para hacer amigos. Un día me llevó unas flores al colegio y todos los compinches se la montaron. Cuando le digo colegio yo sé que usted debe pensar en un edificio grande con canchas de fútbol y volleyball, y salones con asientos para cada uno, pero es claro que no era así.

El colegio o la escuela, mejor, era una casa grande con techos de teja que tenía dos salones. Uno para los niños de primaria y otro para los de bachillerato. Y muchas veces nos tocaba llevar a nosotros mismos sillas de plástico o butacas para sentarnos y atender a las clases. Había un solo baño para niñas y niños sin diferenciar, pero logramos hacer un pacto para que los niños utilizaran otro lugar para orinar, y uno más lejos y afuera para hacer las disposiciones.

Así era nuestra vida todos los días. Nunca vi una clase de inglés. El objetivo era más bien que todos logaran por lo menos aprender a leer y a escribir decentemente. Y era una meta que no se cumplía a cabalidad. Tuvimos un profesor que duró poco porque hacía parte de un programa del gobierno que llevaba a las regiones apartadas docentes de las capitales que habían estudiado en universidades reconocidas. Un día en clase nos habló de los libros de Gabriel García Márquez y de un autor al que le habían matado a su papá y había escrito una historia sobre eso. Era Héctor Abad Faciolince y yo me le acerqué al profe, luego de una de las clases, y le pedí que me prestara ese libro. A la siguiente clase me lo llevó y yo lo empecé a leer. Me identifiqué con la historia, porque siempre sentí que a mi papá biológico también lo mataron. Lo devoré en una semana y se lo regresé. Cuando le conté lo maravilloso que me había parecido y lo apasionante que era esa historia, no lo pudo creer. Me dijo que tenía un talento impactante para leer y que, por lo general, las personas que se sentían tan atraídas hacia la lectura podrían ser escritores en potencia. Me lo regaló. Me dijo que los libros eran para quienes los leían y, desde entonces, me volví una lectora incansable.

Le puedo decir sin ápice de equivocación que me sentí realmente enamorada de Edonilio cuando empezó a regalarme libros. El primero fue una edición bellísima de *Cien años de soledad*, aunque no lo pude terminar, porque se me perdió una noche en la finca y me quedé lamentándome y llorando casi un mes entero. Pero llegué muy lejos en la historia y me pareció asombrosa la facilidad para narrar un



país y la magistral forma del uso de las metáforas para contar la historia de Colombia. No supe de dónde sacaba los libros Edonilio, aunque después pude entenderlo mejor. En el pueblo no había biblioteca y siempre me traía unas ediciones espectaculares, todas originales. Yo me deleitaba abriendo los plásticos que envolvían esos libros y oliendo las hojas con ese aroma tan particular y fascinante que me provocaba que todo oliera de forma semejante.

Un día, cuando íbamos de camino a la finca, él me pidió que hiciéramos algo diferente a caminar y llenarnos del polvo de la carretera. Esa se había convertido en nuestra rutina entre los chistes y los piropos de Edo. Así pasé a decirle de cariño. En poco tiempo pude empezar a sentir las mariposas en el estómago. Me sonrojaba con cada frase que me decía. Incluso aprendió algunos poemas que me declamaba por las tardes. Hasta ese momento no nos habíamos besado. Es decir, yo nunca había besado a nadie. Lo consideraba algo pecaminoso e impuro. Algo que estaba mal y que no debía pasar hasta que tuviera la edad suficiente, pero nunca nadie me advirtió cuál podía ser esa. Le dije que conocía un lugar en el que podríamos divertirnos un rato y entonces, con el perdón de mi hermano, llevé a un foráneo desconocido a nuestro gran secreto. Fue un sacrilegio.

Cuando llegamos a la parte en la que había que bajar casi escalando, le dije que primero bajara él, por si yo me caía, pero, cuando ya estábamos en las rocas, me di cuenta que traía la falda del colegio y se me olvidó por completo. Bajé la mirada y de repente me encontré con sus ojos brillando clavados en mis piernas y en la ropa interior que traía ese día. Por alguna extraña razón me gustó sentir que me observaba y, aunque le grité que no fuera grosero y que bajara rápido, traté de taparme y empecé a sentir temblores en todo el cuerpo y una sensación que era desconocida para mí. Como le digo, señor periodista, yo debía tener ya diecisiete años y hasta ese momento no le había dado un beso bien dado a nadie. A penas piquitos en los juegos de botellita que son tan normales para esa época de la vida, pero que hoy en día han perdido la esencia de la sana experimentación de la

niñez y se han convertido en una práctica muy peligrosa de libertinaje contra todo sentido de moral.

Le sigo contando. Cuando bajamos, él me dijo que yo era realmente hermosa y que lo disculpara. Que le había sido imposible evitar mirar. Y yo le dije que lo disculpaba, pero que no lo volviera hacer. Recuerdo muy bien que ese día hacía un calor que ya nos tenía a ambos sudorosos y fatigados y, cuando él pudo ver el lago y la pequeña colina de pasto, me dijo que era el lugar más bonito que había visto. Y yo le hice jurar que no le iba a contar a nadie de su existencia. Era el palacio de mi hermanito y él era solo un invitado esa tarde y, si quería volver alguna vez, tendría que preguntarme a mí para que yo le permitiera entrar. Él solo me dijo que iba a volver muchas veces, pero todas conmigo y yo lo miré y el corazón se me aceleró.

Subimos la montaña. Nos recostamos de tal forma que nuestros rostros quedaron contrapuestos. Nos tomamos de las manos estirándonos cada uno hacia los brazos del otro, y nos dejamos rodar. Cuando llegamos al final de la colina, nos estábamos riendo por la sensación y el pasto que nos había quedado en toda la ropa y, sin aviso, me encontré con una de sus manos en mi pierna derecha. Todo se me vino abajo. La respiración empezó a ser cada vez más difícil y el corazón parecía un tambor que con cada palpito me provocaba un terremoto desde mi cabeza hasta los pies. No sé por qué, no me pregunte, pero tomé la iniciativa y lo besé. Él hizo lo propio y me mordió los labios. Yo puse mis manos sobre su pecho y de repente él me tomó fuerte y se ubicó sobre mí. Pude sentir en mis piernas una presión particular, una especie de protuberancia que sobresalía y entonces me di cuenta de lo que estaba sucediendo y entendí que no podía ser un lugar más apropiado. Yo era una chica muy desarrollada y tenía la herencia de mi mamá. Siempre me han dicho que soy una mujer muy bella, pero a mí en realidad no me gusta creérmelo. Mi cuerpo, en todo caso, sí era muy bonito y, como usted puede darse cuenta, señor periodista, todavía lo es. En el monte uno se ejercita bien. Mis ojos estaban cerrados y mis sentidos absolutamente extraviados. Pude

ver que una de sus manos se acercaba peligrosamente hacia mis senos por el camino de mi abdomen y, cuando tocó puerto, yo hice lo mismo con su protuberancia. A él eso lo enloqueció. Continuó y entonces desajustó los botones de mi camisa, que escondían debajo un brasier de mi mamá. El calor parecía hacerse cada vez más inclemente y nosotros contribuíamos de buena forma. No sabía cómo actuar ni qué hacer. Esa experiencia era toda una novedad en mi vida y jamás nadie me había hablado de cómo debía procederse. De vez en cuando conversaba con las niñas de la escuela sobre lo que las otras habían hecho y, cuando me tocaba el turno de hablar, siempre inventaba historias fantasiosas para no quedar en ridículo. Así que lo único que tenía eran las historias de mis amigas, probablemente igual de fantasiosas a las mías, y algunos episodios similares que estaban en las páginas de los libros que Edonilio me había regalado. Me dejé llevar.

Él paró de besarme y empezó a desplazar su cabeza hacia mi torso. Pude darme cuenta de que mis pezones parecían dos flechas apuntando hacia un cielo limpio y azul, asemejándose más a un mar denso y profundo y, en un acto inadvertido que me llevó a sentirme como nadando en ese infinito océano sobre mí a punto de dejarse caer en un aguacero torrencial de excitación, movió sus labios besando mis senos de forma pausada y perfectamente simétrica. Primero uno y luego el siguiente y eso realmente me transformó. Mi cabeza se arqueó hacia atrás y mi cuerpo y mis deseos tomaron posesión de mis decisiones y el poco razonamiento que me quedaba.

La escena continuó y en poco tiempo ambos estábamos desnudos y tocándonos el uno al otro con una avidez desenfrenada. Mis manos ya habían colonizado todo su cuerpo y las de él estaban haciendo un recorrido prodigioso por el mío. Ya sé que usted piensa que para ser una guerrillera me expreso muy bien y conozco una que otra palabra difícil, pero todo eso me lo ha dado la lectura constante y la disciplina que solo se consigue cuando uno ama las letras. El calor era todavía más intenso y, por primera vez en mi vida, pude saber lo que significaba la

libertad. Estaba completamente desnuda tocando a otro hombre y sintiendo las sensaciones del placer en una pequeña colina de pasto contigua a un lago hermoso. Era el mismísimo cielo para mí, el paraíso. Perfectamente podría ser Eva y estaba dichosa mordiendo la manzana de la tentación. Le dije que nadáramos desnudos y él me dijo que nunca lo había hecho. Le respondí que yo tampoco y entonces me levanté rápidamente y salí corriendo hacia el lago. Cuando llegué, di un salto que me sumergió un poco y me volvió a sacar a la superficie. Lo vi recostado a una pequeña distancia. El sol alumbraba su cuerpo moreno y bien trabajado, dándole un brillo que lo hacía parecer un soldado romano bien aceitado luego de una pelea a muerte. Entre sus piernas blandía su espada. Se levantó y vino corriendo. Lo primero que hice cuando lo tuve cerca fue besarlo. Él me besó también y allí, en el agua, continuamos el ritual. No me pregunte cómo, no sé explicarlo bien. Pero él empezó a moverse contra mí y yo hice lo mismo. En muy poco tiempo estábamos haciendo el amor. Mi primera vez en el agua completamente desnuda con un hombre que me declamaba poesía por las tardes y me regalaba libros con las mejores historias de la literatura universal. Muchas quisieran poder contar una historia al menos parecida. Yo tuve la suerte de vivirla en carne propia. Imagínese lo que significó enterarme que ese hombre que me había hecho mujer en el palacio sobre el agua había sido asesinado.

## Capítulo 13

Entramos al Café. Había una chimenea. Un mesero calvo, con una camisa de mangas cortas y tatuajes, vino a atendernos.

-Buenas noches, ¿van a tomar algo en especial?

Yo ya había bebido varias cervezas y, aunque me sentía completamente sobrio, tenía la experiencia de ocasiones anteriores en las que subestimaba el poder de la cebada y el lúpulus y, sin darme cuenta, empezaba a sentirme mareado y curiosamente feliz.

-Yo quiero un jugo natural, por favor.

-No le puedo creer esto, periodista. ¡Por favor! ¿Un jugo natural un viernes en la noche con una mujer como yo? No, tráiganos una botella de aguardiente y dos cervezas para comenzar, por favor-.

El mesero se ríe. Ella volteó a mirarme inmediatamente después de ordenar, y pude ver cómo el sujeto de los tatuajes y un hombre de sombrero de una mesa contigua arrojaban toda su lujuria y el deseo reprimido que tenían por la mujer con la que yo estaba sentado en la mesa. No se les cruzaría por la cabeza que se trataba de una guerrillera.

-Usted me dice que fue parte del proceso desde que comenzaron los diálogos en Cuba. ¿Cómo es que no tiene escoltas?-

-Sí tengo. Son dos orangutanes que no se me despegan un segundo, pero solo mientras estoy en Bogotá. No hace falta que nadie me cuide. Hoy me les escapé y deben estar muy molestos. Una pequeña lección para que no sean tan entrometidos en asuntos que no les competen-.

-Y cuando me dice que está aquí por unos días, ¿a qué se refiere?-

-En una semana me voy. Ahora mismo solo estoy acompañando a los comandantes a unas reuniones con el gobierno para definir temas de la Justicia Especial para la Paz y esas cosas, usted sabe. Pero cuando se acaben, mi destino será una zona veredal. Y luego de eso, la reincorporación. Aunque no lo crea, yo quiero emprender con un proyecto productivo y quizá a usted le guste. Pero eso se lo comento después. Quiero crear una fundación editorial para que los campesinos en las zonas apartadas aprendan a escribir y cuenten sus propias historias. Hay mucha magia en los relatos de personas que han tenido que sufrir en la vida-

-No puedo creer que le gusten los temas editoriales. Y sí, tiene mucha razón. Rimbaud no hubiese sido el poeta brillante y prodigioso que fue, si no hubiera encontrado en el dolor, el impulso de su pluma-

Era una noche con una porción de locura increíble. Hacía solo unos minutos hablaba de Capote y Kapuchinsky con una mujer bellísima, y ahora estaba discutiendo la tragedia de los poetas, que, para ser buenos, tenían la mala suerte de vivir pocos años y tener una vida de mucha soledad y sufrimiento. Y las protagonistas de mis conversaciones esa noche eran, cada una, particularmente hermosas.

El aguardiente llegó junto con las cervezas. Ella le pronunció un sutil “gracias” al mesero que estaba atento a cualquier oportunidad para demostrar sus intenciones. Pero ni siquiera le dio el gusto de mirarlo, lo cual me fascinó.

-Tome, periodista. Brindemos por la casualidad-

-No tomo aguardiente, gracias. Pero, ¿por qué por la casualidad?

-La casualidad que significó encontrarnos en ese evento-.

-¿Le pareció una buena casualidad? Me ha hecho pasar un tiempo de muchísima incertidumbre e intriga. No sabía nada de usted. Vine hasta aquí, consciente de que, posiblemente, estaría arriesgando mi seguridad y ni siquiera tengo idea de cómo consiguió mi número-.

-Jajaja. Dante, ¿puedo llamarlo por su nombre?

-Solo si me dice cuál es el suyo de una vez por todas.

Ella, por supuesto, no había aceptado mi decisión de no ingerir aguardiente. Ya había bebido dos tragos del licor fuerte y mi cerveza estaba por la mitad. Sara volvía a aparecer en mi cabeza de forma repentina en un ciclo que se hacía infinitamente torturador. Cada vez que la recordaba me dolía el pecho y me daban ganas de salir corriendo de regreso. Pero no podía. La decisión ya había sido tomada. Mi celular vibró. Era una llamada. Nicolás del otro lado del teléfono.

-Debe ser ella, me dije-.

No contesté y tampoco lo dejé sonar. Colgué. En ese momento me detuve a detallar a la mujer que tenía en frente y pude comprender, de primera mano, por qué el hombre de al lado y el mesero del lugar estaban tan impacientes con su presencia.

Su cabello era rojizo y tenía un brillo candente en sus ojos saltones que se emparejaban perfectamente con sus pecas, para aniquilar de primera a cualquiera que se cruzara por su lado. Era una mujer ruda, pero impactantemente bella.

-Zoraida, así me llamo. ¿Ya está feliz?-.

-No, feliz no. Esto es lo que debió hacer desde el principio. Voy a estar feliz cuando me cuente por qué me ha buscado con tanta insistencia.

Tercer trago de aguardiente. Me paré al baño y entendí que el alcohol había cobrado su efecto en mi cuerpo. Temblé, busqué algo de qué sostenerme. Y escuché su risa estrepitosa.

-¡Estos rolos sí son malos para beber!

Continué, entré al baño y me eché agua en la cara. Eso me hizo sentir un poco mejor. Volví a hacerlo una vez más y salí para regresar a la mesa.

Desde la distancia pude que ver que Zoraida, así me había dicho que se llamaba, no estaba. Me preocupé. Parecía que una vez más esta mujer estaba jugando a las escondidas. Fui hasta la barra y le pregunté al mesero por su paradero. Me dijo que había dejado una nota para mí y me la entregó.

Hotel Whyndham. Calle 26. Habitación 502. Me llevo la botella y lo que queda de su cerveza. Lo espero para terminar la charla.

El mesero me observó con cierto grado de envidia y de rencor. Ya había leído la nota y, al parecer, todos en ese lugar anhelaban pasar la noche con una mujer como ella. Yo no. Yo solo pensaba en Sara. Dudé, quise regresar y rogarle que me perdonara por dejarla, pero la tentación de desenredar la historia tras esa nota era inexplicable. Tomé mi celular y busqué un Uber y, mientras esperaba, pedí una cerveza más.

El auto llegó rápidamente. Me subí en el asiento del copiloto y le dije al chofer que me llevara al hotel. Apagué mi celular. No quería saber de las llamadas que me causaban un profundo remordimiento.



Cuando llegamos y me bajé del auto, miré mi reloj. Marcaba las 2:37 de la madrugada. Había un bar en el primer piso y varias personas tomaban cocteles. Un grupo hablaba en inglés y escuché una frase que alguno de ellos dijo en ese momento.

-Women in this country are so very risky. They love to do things that always change the original plans-.

Me pareció que era una frase que condensaba perfectamente mi situación. Llegué al lobby y me anuncié con el joven de la recepción.

-502. Dante Niebles-.

Me autorizaron a subir. El joven me indicó en dónde se encontraba el ascensor y caminé un par de metros por una alfombra roja. Por la ventana podía ver la iglesia de Monserrate y las luces de uno que otro carro que pasaba con velocidad por la calle 26.

Había cuadros de reconocidos artistas en todas las paredes. El ascensor se abrió, entré, y oprimí el cinco. En los parlantes sonaba una canción de Vivaldi. Cuando por fin llegó al quinto piso, busqué la habitación 502. No tuve que golpear. La puerta estaba abierta y Zoraida estaba sentada en una silla junto a la ventana con las piernas cruzadas y la mirada en dirección a Monserrate. Se había quitado el gabán negro y ahora solo llevaba puesto el vestido plata que la hacía ver muy hermosa. Tenía algunas perlas relucientes y había soltado su cabello hacia el lado derecho. Me miró.

-Adelante, sírvase uno más-.

-Francamente no entiendo por qué le gustan tanto estos jueguitos de escapar y esconderse siempre—.

-Es mejor que hablemos aquí, ¿no le parece?—.

-Ya no sé qué me parece o qué no me parece con usted. Me molesta que se acostumbre a hacer lo mismo y yo caiga en la trampa—.

Es verdad que era difícil negarme a ella. Mi cuerpo hervía por acercarme y quitarle de una vez ese vestido plata para explorar su piel, pero no dejaba de pensar en Sara. Me senté en el borde de la cama doble de la habitación y le exigí respuestas.

-Ya es hora. Dígame por qué me necesita. Es la última vez que se lo pregunto. De lo contrario, me voy ya mismo—.

Y entonces me lo soltó con una sola andanada de palabras que me causó asombro y admiración.

-Le conté, Dante, que soy una guerrillera. Estuve en el bloque Manuel Cepeda Vargas durante mucho tiempo y luego pasé a acompañar personalmente a los guerrilleros del mando central. Pero quiero decirle que, de un tiempo para acá, me repugnan. Los siento completamente obnubilados por el poder que ya empiezan a palpar. Hace solo unos años vivían en carpas incómodas siempre con el miedo presente de ser asesinados por un francotirador o una bomba que trajera muerte desde el cielo. Ahora todo es diferente. Los llevan y los traen en aviones lujosos. En Cuba pudieron disfrutar las comodidades que quizá no tuvieron nunca en su vida y todos los días reciben llamadas de cientos de medios del mundo para que contesten preguntas. Son unos héroes afuera, aunque en el país sigan siendo asesinos despreciables. Yo sé lo que le digo. Me siento frustrada porque me

parece que todo contra lo que luché durante años fue un espejismo lejano. Una utopía irrealizable. Nos vendieron un sueño y fuimos los peones de su estrategia. Ahora ya no creo en ellos. Son iguales a los que combatimos. Se dejaron tentar por el poder, las habitaciones grandes y con colchones suaves como ese, la comida cara. En fin, esos placeres hipócritas. Quiero fugarme.

-¡Pero, ¿de qué me habla?! Si se va, pierde todos los beneficios.

No me importa. Quiero fugarme y buscar a mi familia. Es lo único que me interesa, mi prioridad, la más pura convicción que tengo ahora. Ya no creo en la revolución.

-¿Su familia? ¿Qué pasó con ellos?

-Los perdí. Mi papá desapareció antes de que yo naciera. Y de mi mamá y mi hermanito no volví a saber nunca nada. A ellos es a los que quiero encontrar. Su pérdida es la herida más grande y el vacío más importante que tengo en mi corazón. Y no sé a quién acudir. ¡Estoy desesperada! No puedo más que pensar en ellos y todas las noches sueño que los encuentro. Yo sé que usted puede ayudarme. Se lo suplico-.

Zoraida había roto en llanto. Y para mí era muy difícil no sentirme conmovido por su relato. La historia de una familia perdida en el contexto del conflicto. Pensé que podría escribir una gran crónica, pero no sabía cómo podía ayudar, cómo podía hacer algo por ella.

-Yo soy un simple periodista. No tengo amigos poderosos, ni conozco gente importante-.

-No importa eso. Solo necesito que me ayude a investigar y saber dónde están-

Se paró de su silla, vino hacia mí, se sentó en la cama, y tomó mis manos.

-Algunas veces en la vida se nos presentan ocasiones o personas que solo el destino o Dios sabe por qué aparecen. Yo le pido que no deje pasar esta. Ayúdeme y la vida lo recompensará-.

No supe qué decir. Los tragos no aminoraban su efecto y me había encontrado de un tajo con una situación muy confusa. Pero supe que podía esconder algo revelador.

-Está bien, no le prometo mucho. Pero haré lo posible por ayudarla y tratar de saber qué pasó con ellos-.

Me abrazó y acarició mi espalda. Yo no fui capaz de hacer lo mismo. Tenía un remolino de pensamientos y sentimientos en mi cabeza. Sara era un fantasma presente, pero esta mujer hermosa se había desnudado ante mí contándome lo que más la hería. Y yo era un completo desconocido. No sabía muchos detalles de su vida, pero con esa desoladora secuencia de palabras pude remar muy profundo en su alma y sentía que me quedaba poco por conocer. Hubo una conexión instantánea. Ella se apartó y me miró fijamente aún con sus ojos inundados en lágrimas.

-Gracias, dijo-

En ese momento tomé impulso y nació en mí un sentimiento de valentía que no conocía. La abracé una vez más y le dije que no se preocupara, que todo iba estar bien.

-No se vaya. Quédese, duerma conmigo-.

Su petición llegó como un balde de agua fría con mucho hielo. Mi primer instinto fue decirle que sí, pero me dio un punzón de remordimiento por Sara. Era cierto que a ambas las conocí el mismo día, pero lo que experimenté con Sara fue exclusivo, diferente, como traído de otro mundo. Algo cuya definición no depende de las palabras, porque no puede haber palabras suficientes para describirlo.

-No puedo. Alguien me espera en casa-.

-Está bien. Yo no le estoy pidiendo que se acueste conmigo. Y desde que llegó me enteré de sus ojos enamoradizos y preocupados por alguien más. Solo no me deje esta noche-.

No pude decirle que no, aunque sabía que la tentación era monumental. Nos abrazamos una vez más y nos recostamos en la cama mirándonos de cerca. No había música ni ruido alguno. Solo el silencio de dos almas que acaban de comprometerse, de juntarse, de conocerse, aun cuando las personas que habitaban sus cuerpos, eran ajenos a ese suceso.

Ella empezó a acariciar mi rostro y yo consentí su cintura...

## Capítulo 14

### A las víctimas

Bogotá, sábado 17 de junio. Pasaron varios meses desde que sucedió todo en esa noche de forma extraña, pero prodigiosamente apasionante. Pude volver a hablar con Sara y acordé con Zoraida que iría la semana siguiente a la zona veredal en la que iba a ser recluida para que me contara toda su historia y así poder entender qué pudo haber ocurrido con su familia. Desde entonces la visito una vez por semana y le llevo siempre un libro para que se distraiga. Ella me cuenta y yo solo escucho y grabo su voz para luego, en Bogotá, tratar de conseguir algo. Las sesiones se han convertido en relatos en detalle de su vida, que van cobrando una forma mágica con cada palabra que expresa. Pero la verdad es que hasta ahora nada me ha resultado. Son desaparecidos. Como si la tierra los hubiera tragado un día o un platillo volador los hubiera raptado para nunca regresarlos a su tierra. No tengo rastro de ellos.

El sábado es gris. Miro a la ventana desde mi oficina y puedo observar en la distancia a una bandada de pájaros que vuelan juntos en una formación cuidadosamente alineada y pienso en la libertad. El trabajo ha sido igual que todos los días hoy. No hay nada nuevo, ninguna noticia importante. La política parece estar calmada y sin primicias ni polémicas exasperantes. No durará mucho. Dentro de poco hay elecciones y el Papa anunció que visitaría a Colombia en 2017. Y en los dos escenarios, el cubrimiento de noticias se hace muy intenso.

Salí del trabajo temprano y llamé a Sara. Quería verla. Sí, me costó mucho explicarle lo que ocurrió y una pequeña mentira en el marco de una gran verdad resultó triunfante. Luego de esa noche en el bar, ella se irritó mucho, tomó sus cosas y se despidió de Nicolás. Se prometió que nunca jamás me hablaría hasta que un día a su apartamento llegó un poema escrito de mi pulso con tinta indeleble y un arreglo de rosas. Aceptó verme solo bajo la condición de una

explicación coherente y, aunque mí anécdota trepidante y fantasiosa no fue lo que esperaba, empezamos a vernos más seguido.

Ella comenzó a venir a mi apartamento y se recostaba en el sofá con mi perro, mientras que yo investigaba y trataba de avanzar en la familia de Zoraida. Eventualmente me ayudaba a recolectar información. Y algunas veces detenía todo el trabajo para mirarla y escribir. A ella y a sus ojos cerrados, su piel blanca y su pelo siempre tan liso y bien arreglado. Normalmente colocaba su mano derecha sobre su cabeza y daba la impresión de que soñaba con algo muy importante. Yo solo me preguntaba si se trataba de mí, si recordaba aquel metro del bar con música caribeña y pensaba en nuestros besos. Era genuinamente hermosa y yo comenzaba a sentirme enamorado. No sabía qué significaba eso, pero estaba dispuesto a dejarme llevar y vivir lo que la vida tuviera para nosotros.

La música siempre era la de la Javeriana Estéreo. En las tardes solían colocar una lista de jazz y un country suave que se adecuaba perfectamente a la silueta de Sara en mi sofá. El volumen siempre bajo. Luego de todo lo que sucedió, acordamos que reduciríamos la velocidad y tomaríamos todo con más calma. Y así fue. Nada de momentos de pasión tan repentinos como el de aquella vez hasta que las cosas fuesen lo suficientemente serias.

Ese era el contexto de la tarde de ese sábado 17 de junio, cuando, de repente, la música fue interrumpida para contar una noticia que parecía irreal. Acaba de explotar un artefacto en el Centro Comercial Andino en Bogotá. No se sabía de qué se trataba puntualmente. Podía ser un tubo de gas o un atentado terrorista, pero las autoridades no se atrevían a dar ninguna aseveración todavía. Inmediatamente le escribí al editor de ese día en la emisora y le pregunté si necesitaba algo.

-Váyase para la clínica Country. Allá van a llegar los heridos. Corra-.

Desperté a Sara y le dije que tenía que salir. Le conté de la bomba y me dijo que me acompañaba. Tomé las llaves del carro y salí a toda velocidad hacia el hospital.

El Andino está ubicado en una de las zonas más caras de la ciudad. Dentro de él hay exclusivos locales de marcas de ropa en los que una chaqueta puede llegar a costar seis o siete millones de pesos. Algunas, mucho más. A su alrededor hay reconocidos restaurantes y bares visitados con asiduidad por los personajes adinerados de la capital del país. También por sus hijos. Una cerveza puede costar entre \$12.000 y \$30.000 pesos y hay botellas de whisky que fácilmente llegan a los 20 millones en cualquiera de los casinos del sector.

En el centro comercial no es extraño encontrarse a actores famosos, modelos, cantantes y, de vez en cuando, políticos acompañados por sus escoltas y la ostentación de sus camionetas estacionadas en lugares indebidos.

Ese día, todo resultaba igual de normal y rutinario a los días anteriores. Algunos tomaban café en el Juan Valdéz renovado del cuarto piso, mientras que otras personas hacían compras, y algunos más miraban películas en el cine de la tercera planta. Cerca de las 4:30 de la tarde, no hubo alguien que no escuchara el sonido estridente en uno de los baños del centro comercial. Sonó tan duro, que inmediatamente causó preocupación y algarabía entre los vendedores de ropa y los visitantes de ese momento.

La primera conclusión apresurada fue pensar que se trataba de un tubo de gas. El metano, de ser así, pudo haber estado siendo inhalado durante horas por muchas personas. Y los efectos hubiesen sido contundentes.

Pero la presencia de los equipos antiexplosivos de la Policía y la numerosa cantidad de miembros de la fuerza pública hizo concluir lo peor, lo que desafortunadamente terminó corroborándose unas horas después. Se trataba de



una bomba que había explotado en el baño de mujeres. Un atentado terrorista. Allí, en donde madres cambiaban el pañal de sus bebés y abuelas caminaban lento a lavarse las manos, una bomba instalada por cobardes había cobrado la vida de tres de ellas.

Cuando llegué al centro comercial Atlantis, cerca del Andino, estacioné mi carro y rápidamente salí corriendo hacia la clínica que quedaba a unos trescientos metros. Tomé a Sara de la mano y la forcé a correr. Pero, a mitad de camino, ella no pudo seguir y tuve que decirle que iba a adelantarme. “Nos vemos en la entrada de la clínica. Tengo que salir al aire en dos minutos. Te veo ahí”, le dije.

Corrí aún más rápido. Atravesé toda la zona de los bares bajo la luz intensa de un helicóptero de la Policía que sobrevolaba ese perímetro. Las personas que bebían cervezas y algunos tragos en las discotecas levantaban su cabeza con curiosidad sin entender por qué el aparato de hélices hacía tanto ruido y enfocaba el gigantesco bombillo hacia ellos. Nadie sabía lo que ocurría.

Unas cuadras más abajo, en el hospital, el ambiente era aterrador. Contrastaba evidentemente con la tranquilidad y la fiesta de las calles de arriba. Había varios periodistas atentos con sus cámaras a cualquier llegada repentina. Esperaban al alcalde y, eventualmente, al presidente. Intenté entrar a la zona de urgencias, pero el guarda me imposibilitó el ingreso. Solo pacientes y familiares, me dijo. Le pregunté si sabía de algún familiar que quisiera hablarles a los medios y me sugirió que me quedara cerca de la entrada. Ya para ese entonces las autoridades habían determinado que se trataba de un artefacto explosivo. No había ninguna fuga de gas y la explosión había causado casi una veintena de heridos. La mayoría, mujeres. No se sabía aún de las fallecidas, pero no demoraría en conocerse la noticia.

De un momento a otro llegó el alcalde. No hubo declaraciones. Primero ingresaría al hospital a hablar con los doctores y con los heridos para, después, dirigirse a los medios, nos diría su jefe de prensa.

Cuando salió, todos estábamos al aire con una de las noticias más trágicas y posiblemente más dolorosas de los últimos años para la capital del país. Sin embargo, Bogotá era una ciudad fuerte, a prueba de bombas. No bastaron las del M-19, con la toma del Palacio de Justicia en 1985. Y no fueron suficientes tampoco las de Pablo Escobar en varios centros comerciales que tiraban al piso la estructura completa como en un derrumbe controlado. Parecía que la ciudad misma estaba hecha de resiliencia.

El alcalde aseguró que no se conocía hasta el momento de ninguna otra potencial amenaza. Las autoridades ya tenían la zona bajo control y, aunque era muy prematuro establecer culpables o lanzar juicios contra alguno de los grupos armados ilegales, lo que sí podía contarles a los ciudadanos es que se trataba de un atentado terrorista, fuese quien fuese el encargado de instalar el artefacto y detonarlo.

Salí al aire tres, cuatro, cinco veces con reportes constantes de cuál era la sensación y el ambiente allí. Y no podía más que ser lúgubre y doloroso. Podía ver desde afuera a personas que no creían la situación atornilladas a sus sillas en la sala de espera. Las manos atrás en el pelo en gesto de extrema preocupación y lágrimas a chorros. Una ambulancia llegó con la sirena encendida y todas las cámaras vinieron a registrar de quién se trataba, como en una estampida de periodistas.

Apuntados los visores y encendidos los focos, pudimos darnos cuenta de que los enfermeros transportaban a una anciana conectada a una máquina para poder respirar. Una oficial de policía gritó desde lejos para que retiráramos las cámaras y respetáramos la intimidad de la paciente y esa exclamación me hizo sentir culpable, cómplice. Uno más tratando a cómo dé lugar de encontrar la noticia, aunque la noticia per se estaba dada y solo había que servirla en el plato de la cena. “No seas amarillista”, me dije a mí mismo y entonces entendí que tenía que

lograr contar lo que pasaba sin caer en dramatismos exagerados y sin llamar la atención, pero con una narración propicia, para que la gente entendiera el dolor y la incertidumbre que reinaba.

Sara había llegado ya y me seguía a todas partes mientras yo contestaba las llamadas desde la cabina en que me daban paso al relato triste de los hechos.

Los otros periodistas, luego de la declaración del alcalde, fueron a refugiarse del frío por unos minutos y entonces vi salir a un joven que se notaba nervioso, acompañando a dos adultos de la tercera edad que habían quedado heridos, aunque levemente y sin mayores consecuencias. Eran sus padres.

Me le acerqué, me presenté y le pedí que me diera tres minutos para salir al aire en Radio Nacional. Lo dudó, se le escapó una lágrima, tomó aire y me dijo que sí. Era importante que el país conociera lo que había sucedido y la noche trágica que había tenido en un día en el que celebraban la vida de su padre. En un momento sintió que los había perdido a ambos.

Su madre resultó gravemente herida. Se trataba de una señora de la tercera edad, de 66 años. Ella se encontraba en el baño, justo en el lugar de la explosión, cuando el artefacto detonó.

Aura García entró al baño de mujeres del Centro Comercial Andino cuando, de repente, una nube de polvo y de humo cubrió el lugar y un fuerte ruido la desubicó por completo. No sabía qué había ocurrido; no podía escuchar nada, porque la explosión del artefacto la dejó sin la capacidad auditiva y lo único que se limitó a hacer fue, a ciegas, tratar de buscar un escape.

“Fue una situación terriblemente caótica. Mi padre, desesperado y lleno de vidrios, estaba en uno de los pasillos buscando a mi madre. Yo los esperaba a ambos afuera del baño e intenté entrar, pero los celadores no me lo permitieron. Como pude, me escabullí para buscar a mi mamá y sacarla de ahí y lo que encontré me

dejó sin aliento. Era la escena de una guerra. Pude ver a una mujer cuya pierna estaba a punto de ser una parte ajena a su cuerpo y a otra que estaba recostada en el suelo, aparentemente ya sin vida. Temí lo peor para mí mamá y busqué cabina por cabina, con el alma en pedazos, esperando que no estuviera allí. Todo estaba roto. Los vidrios de los espejos estaban en pequeñas partes por todo el piso. Las puertas estaban rotas, el lavamanos ya no existía y había una mancha intimidante de sangre en el techo, en las paredes, en cada cosa que pisaba”, dijo Rodolfo.

Su madre no estaba allí.

Salió del pequeño cuarto y empezó a correr por los pasillos del centro comercial para tratar de ubicarla. La confusión era absoluta, la gente no entendía la situación y el pánico se apoderó del lugar. Por fin la halló. Estaba en la puerta principal del primer piso, desentendida, llena de polvo, y sin poder escuchar ni el zumbido de una mosca. La ambulancia se tardó en llegar y al final fue trasladada a la clínica del Country.

Una vez examinados por los médicos, se concluyó que ambos tenían una hipoacusia sensorial severa y necesitaban atención inmediata, pero en ese momento él solo quería llegar a casa y cancelar cualquier cosa que le recordara esa terrible noche. El 17 de junio había quedado marcado en sus vidas para siempre. El filo de la muerte estuvo cerca, pero la vida les entregó a él y a sus padres una oportunidad más para disfrutarse mutuamente.

Pude ver que, mientras entrevistaba a Rodolfo, su padre, ya dentro del carro afuera de la clínica, protegidos del drama del lugar, sintonizaba la emisora y le subía el sonido. Pudo escuchar el relato crudo de su hijo que no evitó las lágrimas y el dolor que le evocaba saber que estuvo cerca de quedar huérfano esa tarde.

Los vi partir, pero no fue la única historia de la noche.

Tiempo después, una moto con dos pasajeros llegó al hospital. Del vehículo se bajaron una mujer y su esposo que buscaban afanadamente a su prima. Habían escuchado en la radio a un periodista que leyó el listado de víctimas. Ana María Gutiérrez tenía 27 años y había perdido la vida como consecuencia de la onda explosiva. La prima de la mujer en la moto tenía el mismo nombre, la misma edad y, como si fuera poco, avisó que iba a estar en la zona del centro comercial esa tarde. Su celular estaba apagado desde hacía varias horas. Rápidamente me di cuenta de su estado de nerviosismo y sentí la necesidad de ayudarla. Le dije que iba a hablar con la persona encargada de las listas de heridos para consultarle sobre el nombre de su prima. En minutos me llegó al correo la información completa y, entonces, le pedí de nuevo el nombre de su prima.

“Ana María Gutiérrez, 27 años”, me dijo. Reconfirmé. Ana María Gutiérrez de 27 años aparecía como fallecida en la lista. Sentí un frío repentino que me atravesó todo el cuerpo. Fingí demorarme revisando el correo mientras pensaba qué iba a decirle. Con las referencias que me había dado, no podía tratarse de otra persona. Su prima había dicho que iba a estar cerca del centro comercial y su teléfono estaba apagado. Subí el rostro y le dije que la persona que buscaba sí aparecía en la lista de heridos, pero no sabía qué podía haber pasado. Sentí como propio ese luto y le conté a Sara. Me dijo que había hecho lo correcto y me abrazó.

Luego, el acompañante de la mujer regresó de la morgue. Ella estaba sentada en el piso llorando y en un ataque de ansiedad cada vez más creciente. Pero no era la mujer que trágicamente había fallecido.

Ana María Gutiérrez estaba en el baño cuando se produjo la explosión. Ante el impacto, rápidamente quedó inconsciente, pero alcanzó a decir a los oficiales su primer nombre, su primer apellido y su edad. En medio del desastre, perdió sus documentos y, cuando llegó a la clínica y falleció, nadie pudo establecer cuál era su segundo apellido. En los medios rápidamente se difundió la lista. Y la mujer de

la moto y su esposo asumieron que se trataba de su familiar, dadas todas las coincidencias nefastas.

Parecía que la vida se había puesto de acuerdo en darles un mensaje de alerta, mientras que a otra familia le entregaba un mensaje fatal. Vi su felicidad y fui partícipe de ella al entender que no era la persona a la que buscaban, pero sentí el dolor lejano de padres y hermanos, hijos quizá, que dentro de poco se enterarían de la muerte de esa otra Ana María. Me sentí terriblemente desdichado. Una mujer junto a mí lloraba de felicidad y daba gracias al cielo. En otro lugar, otras personas preguntarían por qué al mismo cielo, mientras que su corazón se estremecería con el golpe fuerte de una muerte repentina, en el lugar menos esperado, un día cualquiera.

La noche acabó. Me fui con Sara. Tenía un dolor intenso que no me permitía sentirme bien por el deber cumplido. La vida, me dije, se va, se desvanece al azar de la suerte y cuando menos lo esperamos. Un abrir y cerrar de ojos, un respiro, un beso fugaz, el apretón de dos manos saludándose, un salto en un charco de agua, el saborear una bola de helado, la caída de la hoja de un árbol. Un segundo. Solo un maldito segundo, y todo cambia para siempre.

## Capítulo 15

Así fue como llegué hasta aquí, Dante. Luego de enterarme de todo eso, él empezó a hablarme de la injusticia y la inequidad social. Me habló también de la guerrilla y me contó que ellos eran los únicos que hacían algo para enfrentarse al gobierno corrupto para las personas como él y como yo. Y al principio, como a cualquier niña enamorada, a mí se me encendían los ojos de ilusión. Me hizo saber que él pertenecía a un grupo de jóvenes del Partido Comunista que tenía fundamentos en la Unión Soviética e influencias de Fidel Castro y su revolución en Cuba, y que estaba seguro de que un día las cosas cambiarían y el poder pasaría a manos del pueblo. Todo lo que le dije antes es mentira. Yo ya no creo en nada de esto y tampoco me siento comprometida con la causa. Eso de llegar al poder que le dije hace unas semanas no es cierto. Pero aquí tienen que escucharnos convencidos del discurso. He perdido la fe porque he vivido de cerca los horrores de los fusilamientos a quienes trataron de escaparse, a los gays, inclusive a quienes osaran contradecir a un comandante. Y ni hablar del tema de los abortos. Algo horrendo. La disciplina de los comunistas no es más que odio y muerte. De eso se trata, pero ya no puedo hacer nada. Todos saben de mí por mi cercanía con el mando central. Además, yo siempre he creído en Dios y, aunque por cosas del destino terminé aquí, todos estos años he tenido la sensación de que he estado negándome a seguir sus pasos, a los planes que él tiene para mí. Y por eso quiero un día rehacer mi vida. Volver a donde pertenezco y cumplir mis sueños de la mano de Dios. Volver al oscuro valle, como dice ese escritor que a usted tanto le gusta. Ahí voy más o menos con el libro. Es bueno, gracias por traerlo.

Cuando me enteré de que lo habían asesinado, mi corazón se destrozó por completo y lo único que sentí que deseaba era venganza. Saber exactamente quién había oprimido el gatillo y sacarle la lengua, cortarle los dedos, quitarle la piel. Y, al final, esa fue la única razón por la que empecé a hacer las averiguaciones para entrar a la guerrilla. Yo sé que suena horrible, pero en una

situación como esa no voy a ocultarle que era lo que más deseaba. Con el tiempo, mis sentimientos se fueron calmando, y con los años dejé de buscar venganza. ¿Sabe por qué? Porque adentro entendí la guerra y supe que no era la única a la que le había pasado. Comprendí que este país estaba hecho de historias de muerte y de luto y que eran miles y miles las personas que habían vivido algo similar. Era normal, no la excepción a la regla. La vida se valoraba muy poco, como si los siglos no hubiesen avanzado al ritmo del reloj en este país y viviéramos aún anclados en el periodo de la barbarie de las guerras medievales, o como si hubiésemos sido absolutamente ajenos a las guerras mundiales que le enseñaron a la humanidad que una guerra era siempre el peor escenario, y que lo inteligente era hacer todo por evitarlas. Aquí, en cambio, se seguían cortando cabezas en la plaza pública para causar terror y escarmiento. Incluso hubo algunos intentos de crucifixiones. Seguíamos en el siglo cero. Esta tierra se negó al avance, y eso es lo que me parece positivo del Acuerdo. Creo que por fin vamos a poder mirar más allá de nuestras montañas y entender otras realidades, saber que las cosas han cambiado y que la vida ya no se le puede quitar a otra persona como si se tratara de un becerro sacrificado por su carne. ¿Ha leído *La franja amarilla*, de William Ospina? Bueno, es de eso de lo que le hablo.

Hay que entender que todos nacimos aquí y que, aún en medio de un mar de diferencias, compartimos eso por pequeño que se crea que es. Que hemos tenido experiencias similares, que hemos visitado los mismos lugares y nos hemos alimentado de las mismas cosas. Y por eso, debemos procurar no matarnos por temas tan absolutamente ridículos como la política que es, al final, el centro de todos nuestros males.

En mi casa todos sabían lo que había pasado. Es decir, todo el pueblo lo sabía, pero nunca se enteraron de que era mi novio. Mi mamá me hubiese matado a palmadas. Aunque suene raro, la gente en las regiones es muy conservadora. Yo evité que ellos se dieran cuenta de lo deprimida que estaba y empecé a hacer todos los contactos. En eso duré un mes. Recuerdo que un día mi mamá me



regañó porque había dejado muy solito a mi hermanito y él se sentía triste por eso. Nunca más volvimos a Palaciópolis. Usted entenderá que era imposible para mí volver a ese lugar. No quería sentarme en esa colina, ni rodar por el pasto. Jamás volvería a tocar el agua de ese lago, ni a acostarme para ver el cielo azul. Solo recordarlo me causaba un dolor aterrador. Aunque hoy, luego de tantos años, sí pienso que me gustaría volver. Quizá ha cambiado mucho. Probablemente ya ni existe, pero me parecería una buena forma de recordarlo. Ese podría ser el cementerio de él. El lugar de duelo para estar con él a través de las estrellas.

En fin. Luego de un mes, me dijeron dónde iba a ser el punto de encuentro, qué tenía que llevar y cómo iba a ser todo. Yo lo dudé mucho, pero el sentimiento que tenía adentro y la necesidad de vengar su muerte me llevó a no pensar en nada. El día pactado me escapé de noche, como le conté, y partí. Me fugué sin decir una palabra. Solo dejé una carta y un libro sobre mi cama dirigido a mi mamá, firmado con mi propia letra de niña chiquita. Era *La Oculta*, de Hector Abad, uno de los últimos libros que Edonilio me había regalado y que hablaba del dolor de una familia que había perdido a su madre, pero no solo a ella. A la finca de todos los hermanos que representaba el corazón de cada uno de ellos en un pedazo de tierra en algún lugar. Para mí eran tres lutos, no solo uno. El de Edo, el de mi familia y el de mi yegua, Julié.

Me fui sin decir una sola palabra. Sin dar un último abrazo, sin alzar una vez más a mi hermanito y hacerle sentir que volaba y que era el rey del mundo. Me fui envuelta en una nube densa de dolor que me guiaba por el camino de la guerra. No me di cuenta en ese momento que estaba perdiendo lo que más valor tenía, el calor de una familia unida, un hogar a donde llegar, a donde volver, a donde regresar luego del fracaso. Yo pensaba que siempre iba a encontrarlos ahí, pero no fue así.

## Capítulo 16

Las cosas con Sara resultaron de forma inesperada. Poco a poco fuimos fortaleciendo el amor que nacía en ambos y todo se iba dando. Hacía mucho tiempo no tenía algo serio con una mujer y, ciertamente, esa relación me parecía imposible. La había conocido un día cualquiera en la casa de uno de mis mejores amigos y ya empezaba a sentir algo muy fuerte por ella. Era una mujer leal. No sé si era fiel, pero me importaba más que fuera leal. Estaba siempre dispuesta a acompañarme en mis aventuras periodísticas. Nos sentábamos en un café que se llamaba Varietale cerca de la Javeriana, casi todas las tardes luego del trabajo y de sus clases, para conversar sobre los libros que leíamos. Por supuesto, ella sabía de Zoraida, aunque aún no la conocía. Pero algunas veces en mi apartamento hacía reproducir mi grabadora para que escuchara su voz contando todas las historias encantadoras que salían de su boca. Y me dijo que un fin de semana viajaría conmigo para conocerla personalmente. Yo no sabía si ese encuentro podía ser positivo. Pero le dije que me parecía maravilloso.

Un sábado decidimos salir a caminar por uno de los barrios más antiguos de la ciudad. Teusaquillo está ubicado debajo de la Caracas alrededor de la calle 45. Por sus avenidas pueden verse casas antiguas que parecen una amalgama arquitectónica entre un elegante barrio inglés, con la longevidad de las pintorescas casas de La Habana y sus autos clásicos.

Nos sentamos en un café en el que sonaba una canción de moda y conversamos. Ella se recostó sobre mi hombro y me dijo que imaginaba todos los sábados de su vida haciendo el mismo plan. Que si iba a ser así. No le molestaría la monotonía. Llovía por momentos y la tarde empezaba a apagarse. Le dije que por qué no íbamos a tomar unas cervezas a algún bar en la ciudad y ella no lo dudó un segundo.

-Escoge tú-.

-La Bolera, -le dije-. Es un bar en el centro, justo frente a la estación Museo Nacional. ¿Lo conoces?

-No. Conozco otros en el centro, pero no ese. Y, ¿estás seguro de que es un buen lugar?-

-No sé qué debería contener un “buen lugar”, pero tratemos ese hoy. Luego vamos a mi casa o tú apartamento.

-Bien, vamos entonces-.

El tráfico de la Caracas ese día estaba imposible. Había una fila de autos interminable y decidimos tomar un Transmilenio. Ese bus rojo de dos partes que a su paso va dejando un humo negro y espeso por toda la ciudad y que siempre está atiborrado de personas a las que ladrones les hurtan sus celulares o bolsos. Sin embargo, es uno de los símbolos de Bogotá.

Cuando por fin llegamos a la estación en el centro, el tumulto de peatones era todavía peor afuera que dentro del bus. La séptima está atravesada por edificios de la Bogotá de los años cuarenta y de habitantes de calle contemporáneos, artistas, mimos y toda suerte de personajes. Un señor con un sombrero y gafas, un bastón y un elegante traje pasó por nuestro lado y yo me le quedé viendo inevitablemente, porque parecía un hombre que acababa de llegar del pasado. Luego, cuando íbamos cruzando la calle hacia el bar, vi una escena que podía ser perfectamente traída de la famosa película del año ochenta y cinco, *El Nombre de la Rosa*, de Jean Jacques Anaud.

Un joven, sin la mitad de una de sus piernas avanzaba hacia adelante sentado, con la fuerza de sus brazos. Su piel estaba muy sucia y su rostro lleno de polvo y del esmog de los carros que pasaban por allí. Su pelo completamente desordenado. Y su camisa abierta permitía detallar un preocupante estado de

desnutrición. Lo peor es que no tenía pantalones. Tampoco ropa interior. Con cada movimiento que hacía, su cola rosaba el duro pavimento y sus genitales estaban al aire libre. Parecía que nadie lo veía, que nadie se percataba de su presencia y todas las necesidades de ese pobre hombre, loco quizá, sin familia y hambriento. Era un fantasma para los transeúntes y yo lo veía sin dar crédito a mis ojos. ¡Cuánta indiferencia!, pensé. Pero yo también era uno de ellos. No iba a hacer nada por él. ¿Qué podría hacer? Solo guardé la imagen en mi cabeza.

Antes de llegar a La Bolera, me percaté de un grupo de personas que en la calle tenían una galería con fotografías de personas que habían sido desaparecidas o asesinadas supuestamente por el Estado. Inmediatamente se me encendió una luz de intuición. Tomé a Sara fuerte del brazo y me acerqué con ella a ver cada uno de los carteles.

Era un grupo amplio. Todos contaban historias trágicas y revelaban fotografías de personas que amaban. Fui pasando uno a uno los carteles, pero mi esperanza se desvanecía al avanzar. Nada, la mayoría eran jóvenes que habían sido asesinados. Quedaba uno más al final del andén, pero el cartel estaba en el piso. Se había caído por el viento y el joven que estaba allí se apresuró a levantarlo. La escena me produjo curiosidad.

Empujé a Sara con sutileza y caminé rápidamente hasta allí. Cuando llegué, cogí con mi mano derecha uno de los extremos del cartel y lo levanté. Le ayudé al joven a colocarlo en la cuerda fija sobre la que estaba colgado. Retrocedí unos pasos y miré detenidamente el cartel.

No pude creer lo que estaba viendo. El corazón se detuvo y comencé a sudar de una forma que no conocía posible en mi cuerpo. Perdí la capacidad de llenar mis pulmones con el aire contaminado de ese lugar y sentí que mis ojos se cerraban lentamente. Sara me tomó de los brazos, le pidió a alguien que me trajera agua urgentemente y puso su mano sobre mi frente. El agua llegó y Sara me dio a

beber casi la mitad de la botella. Estaba teniendo un ataque de nervios y la conmoción no era exagerada. El afiche tenía la foto inédita de una niña de 15 años. Se leía: desaparecida en 2005. Junto a otro subtítulo que fue el que me llevó a perder la razón.

Zoraida Gómez Botero.

## Capítulo 17

Mi nombre es Ian Manuel Gómez Botero. Tengo 22 años y estoy viviendo en Bogotá desde hace solo algunos meses. Una ONG que presta ayuda a víctimas del conflicto me trajo hasta aquí y asumió mis gastos de vivienda y de manutención para unas actividades culturales en varias universidades y colegios. Es la primera vez que estoy en una ciudad como esta y, para mí, todo resulta ser muy extraño. Las grandes avenidas y los buses rojos, los edificios imponentes y la cantidad de personas que caminan por todas partes era algo que solo había visto en las películas. Estoy aquí por amor. Cuando era muy pequeño perdí a mi hermana. Ella era diez años mayor que yo y los mejores recuerdos de mi vida están con ella. Un día simplemente desapareció. Dejó una carta y un libro y se fue, pero no supimos nada nunca más. Con el tiempo nos enteramos de que antes de irse estaba de novia de un joven que había sido asesinado por paramilitares en el pueblo en el que vivíamos y, a partir de allí, mi casa se desmoronó pedazo a pedazo.

Pensamos que había ocurrido lo peor y que posiblemente estaría muerta y enterrada bajo tierra en un lugar recóndito en cualquier montaña. Pero no perdimos la esperanza de encontrarla con vida. Aunque ya han pasado casi 20 años desde la última vez que la vimos, en mi familia seguimos pensando que algún día la encontraremos. Su nombre es Zoraida Gómez Botero, aunque entiendo que no somos hermanos del mismo padre. Pero para mí eso no tiene ningún tipo de trascendencia. Ella fue como mi propia madre y mi único motor en la vida ha sido encontrarla y saber por qué nos dejó, qué pasó, por qué se fue de repente y no nos avisó de los posibles peligros. Hubiese sido más fácil pelear como familia y enfrentarse unidos a quien fuera. Quizá ella eligió salvarnos, pero lo cierto es que consigo se llevó media parte de mi corazón y otra media parte de mi alma. Luego de eso nunca volví a ser el mismo. Me deprimí muchísimo y solo pensaba en ella. Me pasaba las tardes enteras recostado frente a la puerta de mi casa esperando que se abriera con toda ilusión, y que apareciera ella con su voz

suave, para abrazarme y alzarme y hacerme sentir que volaba y que el mundo era mío y de nadie más.

Realmente su partida nos dejó un dolor que hasta hoy nada ha podido calmar.

Los últimos años han sido muy duros. Mi mamá ya había tenido una pérdida semejante que para ella significó otra tragedia. El papá de mi hermana también desapareció un día, y mi mamá no volvió a verlo. Luego, ambas se fueron a trabajar a donde mi papá y ahí surgió el amor del cual yo soy el resultado. Pero como le digo, para mí, mi hermana es mi hermana y no le permito a nadie que lo niegue. Ya he tenido varias peleas a puño limpio por comentarios que tienen que ver con eso.

Todos esos hechos en la vida de mi mamá le produjeron una depresión que hoy la tiene muy enferma. Está muy grave desde hace varios años y los médicos no han podido encontrar con exactitud ninguna patología. Ya no sabemos cuánto tiempo le quede. Ahora mismo está en un centro médico en el lugar en el que nació porque su obsesión siempre fue volver y con mi papá decidimos cumplirle el deseo. Al menos uno antes de que pudiera pasar cualquier cosa terrible. El pueblo se llama Angelópolis. Es en Antioquia, un lugar muy bonito. Muchas montañas y paisajes maravillosos. Yo temo siempre a que mi mamá se muera, pero todos estos años ha estado tan enferma y tan triste que al final pienso que es mejor que pueda partir y descansar de tanto dolor. Lo que le digo me duele infinitamente, pero es por su bien. Mi mamá lo es todo para mí y detesto verla sufrir tanto. Siempre está triste y decepcionada de la vida y yo no puedo hacer nada para mejorar su estado de ánimo. Ya es crónico. Vine a parar a Bogotá porque hace algún tiempo tuve una conversación con ella. Me dijo que sabía que estaba muy enferma, que le quedaba poco tiempo, y que el único sueño que tenía era volver a ver a Zori, como le decíamos en la casa. Así que yo me propuse hacer todo lo posible por encontrarla y entendí que quizá en la capital tendría más oportunidades. Pero nada. Aquí hay mucha indiferencia. A nadie le importan las

tragedias de los demás. Todos parecen robots que van de camino al trabajo y luego salen de camino a casa y solo cuando la tragedia es la que toca la puerta de sus propias casas entienden al desamparado. Y a veces ni siquiera así.

No he tenido éxito y me frustra infinitamente que no pueda cumplirle el sueño a mi mamá y a mí mismo. Mi hermana, ver a mi hermana, escuchar su voz, sentir su abrazo y llevársela a mi mamá para que ella tenga tranquilidad al menos una vez más en lo que le queda de vida.



## Capítulo 18

Encontrar a Manuel, o a Ian, como prefería decirle Zoraida, fue el punto crucial de la historia. Todo había pasado tan rápido que era difícil creerlo. No había tenido éxito con mis investigaciones y, por una coincidencia imposible, di con su hermano en el lugar menos esperado. Pensé que esos eran los planes de Dios para mí. Que quizá era uno de sus propósitos. Involucrarme en toda esta historia absurda para juntar a personas que tenían su alma rota a pedazos luego de un distanciamiento semejante.

Le dije a Manuel que conocía a alguien que podía ser su hermana y que necesitaba que me acompañara el siguiente fin de semana a un lugar para que la reconociera. Me identifiqué como periodista y lo invité a vivir conmigo en mi apartamento toda la siguiente semana. Ya lo había encontrado y no estaba dispuesto a perderlo bajo ninguna circunstancia. Él aceptó y llevó una maleta grande con ropa y sus cosas de higiene personal. No tenía nada más. Ninguna pertenencia importante ni objetos de valor. El cartel nunca lo perdía de vista. Lo acomodé y le saqué copia a mis llaves para que saliera cuando quisiera, pero con la condición de que pasaría siempre la noche en mi casa. Le di algo de dinero para la semana y el jueves, antes de partir, lo invité a tomar una cerveza al bar de un hotel.

Hablamos mucho más de su vida y de la mía. Podría decirse que nos hicimos amigos y conocí detalles importantes de su historia que ignoraba. Me contó de Palaciópolis y yo, atónito, no podía creer que lo que estaba escuchando fuese real. Un país con 49 millones de personas y había logrado encontrar a una de ellas. Una aguja en un pajar, un pedazo de madera en el océano inmenso e interminable. Manuel era un joven curioso. Le encantaba pintar y consigo llevaba siempre algunos retratos, la mayoría de Zoraida. Me mostró varios de ellos y yo no dudaba de que era la misma. Tenía un talento incontrovertible. Aún sin haberla visto durante casi veinte años, lograba retratarla como una mujer adulta

exactamente igual a como era. Pero yo preferí callar. Solo me limité a decirle que había alguien que conocía que podría ser su hermana, pero que no estaba seguro y él tendría que reconocerla. Me contó también de sus novias y un par de secretos íntimos. Y yo le hablé de Sara, de cómo nos habíamos conocido y de la alucinante historia que estábamos construyendo juntos, pero nunca le di detalles de lo que había pasado con Zoraida.

Él me preguntó el nombre y la edad de la mujer que yo decía conocer y le dije que no recordaba ninguno de los dos datos. Que la había conocido hacía poco y me había contado algo que se parecía a la historia que él me narraba. Pero que en este país había miles y miles de casos similares y que la única forma de saberlo era que se vieran frente a frente.

Manuel era alto, fornido y de ojos claros. Su pelo era castaño casi rubio y varias mujeres lo miraban cuando caminábamos por la calle. Él lo sabía bien, pero estaba tan enfocado y lleno de problemas, que evitaba seguir el juego. Parecía tímido, pero me di cuenta de que solo había que sentarse a conversar con una cerveza para lograr su confianza.

Estaba anonadado por la belleza y la pobreza de la ciudad, y cómo ambos extremos lograban desvanecerse tan fácilmente solo caminando un par de cuadras hacia el norte o hacia el sur. Eran las barreras invisibles.

Salimos a caminar un poco. Lo llevé a varios lugares que me parecían importantes antes de irnos, porque sabía en mi interior que él quizá no volvería a la ciudad en mucho tiempo y que yo no volvería a verlo tampoco. Le conté de mí, de mis ambiciones y de mis sueños. Quiero ser escritor, le dije. Comerme el mundo o dejarme comer por él, pero no voy muy bien en el camino a la meta. Le hablé de mis frustraciones y de mis duelos. Yo también tenía una hermana mayor que había preferido vivir en el exterior y la extrañaba mucho. Hacía años que no la veía y, ciertamente, Juan y yo compartíamos, aunque de forma completamente

diferente, esas ganas de volver a sentirlas cerca, de escuchar sus palabras y de abrazarlas para ser cómplices de sus latidos y conocerlas de nuevo.

La ciudad estaba bonita esa noche. Era un momento especial. Lo invité a cenar a un restaurante japonés y me endeudé mucho, pero quise hacerlo sentir muy bien antes de partir y dejar las montañas que escondían el asfalto de los grandes edificios y las luces, el ruido de los carros y sus pitos frenéticos. Quería que se llevara un buen recuerdo de Bogotá.

Volvimos a casa. Al otro día viajaríamos en la tarde hasta la zona veredal en la que su hermana estaba recluida y mi corazón hervía por saber cómo se desarrollarían las cosas. Además, Sara iría con nosotros y sabía que todo podía arruinarse si hablaba mucho con Zoraida. Pero me arriesgué y dejé que los hechos tomaran su propio curso.

Manuel estaba listo. Yo, quizás, no. Es la vida, me dije. Dios me escogió para esto y es mi deber hacer que se cumplan los planes.

## Capítulo 19

El viaje fue largo. La zona veredal es Vista Hermosa, en el departamento del Meta. Hay que llegar hasta Villavicencio y, una vez allí, tomar otro bus en el que nos llevan escoltados soldados del Ejército. Yo no soy el único periodista que visita los campamentos y cada fin de semana hay cientos de personas que viajan para hacer investigaciones, entrevistas y algunos veedores internacionales. Manuel viene conmigo. “Es mi camarógrafo”, le digo a uno de los soldados que ya se había acostumbrado a verme siempre solo en los buses.

De Villavicencio a Vista Hermosa hay cerca de tres horas. En total el viaje dura seis horas. A veces siete. Pero este día las cosas han salido bien. Sin percances.

Manuel no parece nervioso. Lo veo recostado sobre la ventana con sus ojos en el horizonte e imagino la cantidad de veces que ha tenido que vivir situaciones como esta. La ilusión de encontrar a su hermana, a su media alma y su medio corazón, que le fueron arrebatados injustamente y sin aviso. Y luego, darse cuenta de que no es la persona que busca. ¿Cuántas mujeres habrá intentado reconocer sin éxito?

El tiempo pasa rápido. Ya es de noche y calculo la temperatura en unos 28 o 29 grados centígrados. Las cosas esta vez están en calma. Todo parece dado para el encuentro.

Una vez en el perímetro del campamento, nos hacen bajar de nuevo para una última requisita antes de ingresar. Escucho las instrucciones de siempre. Solo podemos estar allí por un tiempo determinado, con las cosas que nos autoricen a ingresar. Lo demás se queda en manos de los soldados. Es indispensable llevar agua en botella porque han tenido problemas las últimas semanas con el abastecimiento general. Me siento ansioso. Sara quiso quedarse en Villavicencio porque le parecía que ese debía ser un momento muy íntimo y a mí me tranquilizó

un poco su decisión. Pero me prometió que me acompañaría en el otro viaje que yo planeaba realizar y ese, de concretarse, iba a ser mucho más largo y con más personas a bordo.

Ya estamos adentro. Los soldados nos prestaron un par de botas de caucho y para Manuel es una experiencia interesante. Puedo notarlo. Está atento a todos los detalles. Nunca hablamos de política, pero, por sus opiniones generales sobre otros temas me atrevería a decir que no es un.,a persona a la que le guste mucho la idea del Acuerdo con las FARC. Ahora mismo he decidido alejarme de la situación y dejar que las cosas se desenvuelvan como tengan que hacerlo. El campamento en el que vive Zoraida está a unos pocos metros. El lugar es muy bello. En el llano, uno puede perderse hacia el infinito como si se tratara del mar. Es en sí mismo un mar de pasto y cielo incendiado.

Ya es hora. El destino es puntual y jamás se tarda. Hay una pequeña puerta artesanal hecha de esa malla verde tan particular de las construcciones. Todas las casas simuladas que componen el lugar son iguales. Madera y mallas de construcción.

Golpeo y me retiro hacia atrás. “Ya voy”, grita Zoraida. No entren. Manuel escucha esa voz y me mira abrumado. Yo le devuelvo la mirada con un poco de complicidad y una pequeña sonrisa. Por fin abre. Esta ahí detenida en la puerta, hermosa, con su figura de ensueño y perfectamente natural. Lo ve, se ven. Un pocillo de café sobre su mano cae al piso y yo lo veo mientras baja en caída libre en el vacío, como si la caída durara un centenar de años. ¡Qué momento más espectacular! El sonido de la cerámica al romperse se escucha por fin. Manuel me mira y yo solo me quedo en silencio. El momento no es mío; no quiero participar de él.

“¿Ilan?”, dice Zoraida. Manuel sale corriendo hacia ella y, al llegar hasta su masa corporal, la abraza, como si eso fuera lo único que pudiese devolverlo a la vida de

ese letargo absoluto en el que se había acostumbrado a pasar los días. Ella grita e inmediatamente empieza a brotar un llanto desgarrador. Él la besa, le besa los ojos, las mejillas, la frente. Le toma el rostro con sus dos manos y la vuelve a besar. Y yo me odio a mí mismo porque entiendo que nunca tendré el talento y la precisión para narrar esa escena de una forma que al menos se parezca un poco a la realidad. Se me sale una lágrima.

Zoraida mira al cielo y pronuncia la siguiente frase: “Gracias, Dios”. Siguen abrazados llorando sin consolación. Es la primera vez que se ven luego de veinte años. De pronto ella me lanza una mirada con su rostro lleno de lágrimas y susurra un “gracias” más. Yo la miro y solo bajo la cabeza. No podría recibir un solo galardón de esa situación. Solo fui una pieza utilizada para llevar a cabo la obra maestra, el encuentro. Y además, todo fue una casualidad. Una casualidad hermosa y casi que dantesca en el mismo nivel de proporción.

Dos hermanos que se aman han podido volver a la vida repentinamente. Como si el uno fuera para el otro esa máquina de golpes al pecho que regresa de la muerte y permite que los pulmones vuelvan a llenarse de aire y la sangre empiece a correr de nuevo por las venas. Viven un poco. El corazón inerte vuelve a hacer sonar sus tambores y yo no puedo más que callar y ser un estorbo.

“Es bueno que pasen la noche juntos”, les digo desde la distancia. Hablen mucho y conversen sobre lo que tienen que contarse. Mañana nos espera un viaje más. Zoraida viene hacia mí, me abraza y me dice que nunca le será suficiente lo que le quede de vida para pagarme por eso. Yo le repito que no hice nada. Que todo fue exactamente planeado por Dios y yo solo fui la herramienta. Ella vuelve a decir “gracias”, se quita las lágrimas con su mano derecha y me besa con una firmeza increíble. Cerré los ojos y de repente sus labios estaban mojando los míos con esa suavidad particular que brotaba de los suyos. Pude sentir algo de sal en el paladar. Estaba besándola a ella y a sus lágrimas. Estaba tragándome su dolor y

su felicidad, y entendí que ese momento nos hacía uno. Nos entrelazaba en el dolor y la vida y me sentí feliz.

Manuel no parecía extrañado. Vino, seguido del beso, y me dio un abrazo. Pude ver, teniéndolos cerca, que, aunque no tenían en común el mismo padre, compartían ambos una belleza desorbitante que los hacía verse muy cercanos.

Me tengo que ir. Mañana vengo temprano por ustedes. Alguien me espera en casa, le repetí a Zoraida, recordando con exactitud la noche del hotel. Me di la vuelta y caminé hacia la salida. Disfruten el tiempo, les dije en un susurro que solo pude escuchar yo, pero que sabía que ambos habían entendido perfectamente.

## Capítulo 20

Angelópolis es un pueblo pequeño. Está ubicado sobre la cumbre de una montaña y sus casas, y la mayoría de sus construcciones, son del siglo pasado. Llegar hasta aquí, sin embargo, nos ha tomado poco. Sara y yo decidimos comprar tiquetes de avión hasta Medellín para los cuatro. Yo logré hacerme con un permiso especial para que Zoraida dejara la Zona Veredal el sábado y el domingo, y regresara el lunes en la noche. Al alto comisionado le pareció una historia maravillosa y me permitió sacarla de allí, siempre y cuando yo me comprometiera a que iba a regresar el día y la hora pactada.

Manuel y Zoraida no paran de llorar y de conversar. No se sueltan un minuto y a mí me parece que no tienen la intención de volver a separarse nunca. Hace calor de nuevo. Pero es un calor diferente, con un poco más de brisa por la altura y la montaña. Es sábado por la tarde. Sara ya conoció a Zoraida y me dijo que le parecía una mujer muy bella. Pude notar algo de suspicacia en su comentario, pero ella ha tomado una actitud de respeto y mucha prudencia.

Las calles por donde caminamos son todas llenas de rocas enquistadas en el suelo y eso le da al lugar una apariencia de pasado que lo hace muy bello. Hay caballos por todas partes. Pasamos por una tienda en donde campesinos paisas beben cada uno una copa de aguardiente que parece doble y usan con cuidadosa elegancia un poncho y un sombrero. Nos miran curiosos cuando caminamos frente a ellos.

Vamos hacia el centro de salud que está a unas calles de la plaza central. El núcleo de la ciudad, como suele serlo en todos los pueblos colombianos, es una plaza cuyo edificio más imponente es la iglesia, y en los otros lados del cuadrado perfecto, las sedes de las instituciones del Estado. La Alcaldía, la Policía y las oficinas de la justicia. Pero esa plaza tiene algo que no tienen las demás. Para llegar hasta la iglesia hay que subir unas cuatro o cinco escalinatas distribuidas de



forma diferente. Es como una penitencia caprichosa para todos los fieles antes de llegar al lugar de redención. Sara me dice que debo tener mucho material para escribir una buena historia con todo lo que ha pasado y yo pienso en esa frase y comprendo que quizá ese es el fin último de la aventura. Sí, es cierto. Es digna de ser narrada. Voy a pensarlo, le digo suavemente. Ella toma mi brazo, camina junto a mí, silenciosa, sigilosa, tratando de ser casi invisible para esa familia que está por reencontrarse luego de tanto tiempo.

Zoraida y Manuel caminan juntos, abrazados, sin prisa. Leo en ellos la intención de desdibujar los pasos de su madre y de construir de nuevo una vida todos juntos. Al final, ella no cometió ningún crimen. Solo tuvo labores administrativas. Sí es verdad que cargó fusiles, pero, según lo que me dijo, nunca se atrevió a disparar una sola bala contra otro ser humano. Ella prefería dar tiros al cielo. Y si la justicia concuerda con su versión, podrá volver con su familia muy pronto. Nosotros vamos detrás de ellos. Y a mí, aún en semejante momento y con la presencia de Sara agarrando mi cuerpo y haciéndolo saber suyo, me es difícil no prestarle atención a la belleza de Zoraida cada vez que da un paso hacia adelante. Lleva un vestido blanco largo con algunas flores bordadas y sandalias. Y con el sol sobre ella, se hace casi transparente. Todo es diferente aquí. La calma y la tranquilidad de las personas. Parece que todos disfrutan mucho más la vida y ven correr a sus hijos de un lado a otro sin grandes preocupaciones. Un grupo de niños trata de saltar con sus bicicletas un escalón de la iglesia y, cada vez que llegan al suelo, dos perros furiosos ladran contra ellos. Protegen a un anciano desamparado que está sentado en una silla solo y mal vestido. Su barba está muy abultada y parece que lleva días sin bañarse. Los dos canes lo rodean y lo protegen con fiereza de cualquier situación de peligro. Entiendo el significado de la lealtad.

El centro de salud solo tiene dos pisos y una larga fila de personas con papeles y carpetas bajo el brazo, a la sombra del techo del edificio. El guarda nos pregunta a qué venimos y Manuel le dice que vamos a visitar a Lía Rodríguez Botero en la

habitación 202. Nos deja entrar, pero nos dice que solo podemos ingresar máximo tres personas a visitar a la paciente. Le pido a Sara que me espere. De cierta forma ya me siento uno de ellos. Conozco toda su historia y quiero saludar a la mamá de Zoraida. Comprobar si todo lo que me decían acerca de su belleza inalterable era cierto.

Subimos por un estrecho corredor. Zoraida trae unas flores para ella, pero cuando vamos en camino, un doctor ya avanzado en edad trata de correr lo más rápido que puede y nos pide apartarnos. Cuando por fin consigue subir las escaleras se dirige hacia el final del pasillo y nosotros, en una respuesta automática, hacemos lo mismo. Lo vemos ingresar con prisa a la habitación 202. Manuel suelta a Zoraida y de dos brincos llega hasta la puerta entrecerrada y la abre por completo. Entra. Zoraida llega inmediatamente ya con varias lágrimas recorriendo su rostro fino y hace lo mismo. Yo dudo. No sé si deba hacerlo. Pero, al final, pienso que, sea lo que sea, ellos necesitan sentirse respaldados, y entonces abro la puerta. Veo a una mujer hermosa recostada sobre una cama, con el pelo rubio y algunas canas sembradas allí. Su vista está perdida en Zoraida, y Manuel, arrodillado del otro lado de la cama, sostiene su mano y llora pidiendo compasión. El doctor le inyecta algo que parece morfina en una de sus piernas. Sus brazos están tan desnutridos que ya no es fácil encontrar sus venas.

Zoraida no dice una palabra. Ni siquiera se acerca. Solo la ve de pie a unos cuantos metros de la cama en donde su madre enferma está postrada, y llora. Lloro en silencio observándola con detenimiento. Parece que hablan y se comunican solo a través de su mirada. El doctor grita pidiendo ayuda a los enfermeros y una máquina pita con un sonido que parece una alerta de emergencia terriblemente incómoda y estridente. De repente la mujer en cama hace un esfuerzo heroico y con una de sus manos le pide a Zoraida que se acerque. El doctor le pregunta quién es y ella ni siquiera responde. Su atención está solo enfocada en su madre. Manuel lo mira y le dice con la voz quebrada que

se trata de su hija, a la que no ve hace más de veinte interminables y dolorosos años.

Zoraida se arrodilla, toma su mano derecha y la besa. La mujer sobre la cama no deja de mirarla con un gesto difícil de definir. Sus ojos están completamente abiertos, pero su rostro responde a un estado de tranquilidad y sabiduría infinita. Zoraida le besa la frente, la mira de nuevo. Una lágrima cae sobre ambas manos que parecen juntarse y palparse por última vez. La mujer no trata de decir nada. Solo la observa como quien ve a una obra de arte imponente o a un mismísimo ángel aparecido para quitar su dolor y su desdicha.

Zoraida debe pronunciar las palabras que el destino, con infinita grandeza, le dio la oportunidad de exclamar para su madre. "Gracias. Te amo". Lamento todo lo que sucedió. En mi corazón siempre quedará guardado todo lo que hiciste por mí y Dios te honrará en la eternidad por ser tan buena madre. Perdóname".

Dicha la combinación, los ojos de su madre se cierran lentamente y dejan de mirar a Zoraida. Manuel grita con un aullido de dolor que resuena por todo el pueblo. La máquina detiene el irritante ruido. El silencio se apodera de la sala y Zoraida, arrodillada junto al cuerpo de su madre que acaba de fallecer, cierra también sus ojos y empieza a orar. Todo esto lo encuentro inefable e incompresible, pero poético y puro.

Un enfermero entra. El doctor dice la maldita frase de la desgracia. Lo siento mucho. Y le pregunta al enfermero la hora del deceso. 6:00 de la tarde.

Parece una mentira absurda, pero el reloj marca la hora exacta, en la que veinte años atrás Zoraida Gómez Botero abandonó su casa con la idea de nunca regresar. Ese día en que la noche se instaló para siempre en el corazón de la mujer de los cabellos blancos que acaba de morir.



**El final.**

## Epílogo

Tratar de entender el destino y los planes de Dios, por qué pasan algunas cosas de la forma en la que ocurren, es una tarea imposible. Algunas historias están escritas de mucho tiempo atrás y simplemente no tiene sentido tratar de indagar por qué la vida tiene que desarrollarse cumpliendo en definitiva fidelidad esos caminos. Algunas historias están escritas con la tinta indeleble del amor y otras, con el tormentoso lápiz del dolor. Hay situaciones inexplicables, pero de nada sirve pasarse la vida entera preguntándonos por qué ocurrió así y no de otra manera, por qué a nosotros, por qué tenía que ser así y no con otras condiciones. La vida es maravillosa y deleitante y hostil e indiferente. Pero siempre, no lo duden, siempre deja algún rédito, sin importar la historia. En cada punto de giro aprendemos algo y, al final, la película se va haciendo más de esos aprendizajes y de la forma en la que afrontamos lo que está por venir luego de las desgracias, que de las buenas experiencias, los momentos felices y las carcajadas de regocijo.

Los poetas escribieron siempre sus mejores versos en las habitaciones más pequeñas, con el estómago vacío y probablemente con un corazón roto y un alma desintegrada, pero con pulsión por las palabras y pasión por el efecto incólume de las metáforas.

La vida es un plato que a veces tiene carne dura y vieja y otras veces manjares abrumadores. Pero sin importar el menú, hay que dejarlo vacío sin dudar y vivir como si la muerte tocará a la puerta mañana.

Zoraida y Manuel decidieron cremar a su madre y llevar las cenizas al lugar más hermoso que conocían. Un palacio a la medida para su belleza. Una vez llegamos al lago, entendí por qué los dos hermanos habían decidido llamarlo de esa manera, "Palaciópolis". Era justo como Zoraida lo había definido. Una colina de pasto virgen que colindaba con un lago gigante y hermoso, rodeado de flores y

pequeños patos. Me impresionó que a pesar de los años, siguiera siendo un escondite semejante. No había huella de alguna actividad humana y pude vivir cada escena de la historia que Zoraida me había contado como si hubiese sido yo el protagonista.

El cofre con las cenizas de su madre era una diminuta caja de madera bien tallada y con un par de adornos en metal. Zoraida lo cargaba con ambas manos en el pecho haciendo que vibrara con los pálpitos de su corazón. Una vez llegamos a la orilla del lago, Sara y yo nos quedamos unos pasos atrás y Zoraida y Manuel avanzaron. Se abrazaron, se miraron con lágrimas incontenibles y entonces Zoraida estiró las manos con el cofre hacia Manuel. Él abrió la tapa y, de repente, un viento fuerte comenzó a soplar. Las cenizas empezaron a salir volando hacia el lago y recordé la bandada de pájaros de mi ventana. Por fin aquella mujer era libre de nuevo. El viento se la llevaba a un lugar hermoso y más tranquilo, y atrás dejaba a sus dos hijos con un dolor inconmensurable pero con la grata sensación de haber terminado una historia de dolor de la mejor manera posible. No había un solo ruido más allá del sonido natural del agua en el lago llevándose las cenizas, y el viento que ya había detenido un poco su repentina aparición. Sin embargo, casi que podía escuchar una melodía que se iba reproduciendo en mi mente y mis oídos, perfecta para la escena que estaba viviendo. *Nostos* de Jean Michel Blais. Miré al cielo y cada parte de la composición aparecía sublime en mi cabeza. Era el sonido de la orquesta que recibía en algún lugar desconocido a la mamá de Zoraida y Manuel. Era el sonido de la libertad, del amor. Era el sonido del cielo en el azul interminable que lo hacía parecer un océano limpio y profundo. Otro mundo, uno mejor.

Cuando llegamos al aeropuerto en Bogotá, todo estaba listo para Zoraida. Un carro la recogería justo allí para regresar a la tierra del llano. Y Manuel se quedaría unos días más en mi apartamento hasta que pudiera conseguir un trabajo y empezar a estudiar. Sara y yo teníamos mucho de qué hablar y días enteros para recuperar el tiempo en nosotros. Las llegadas a los aeropuertos

siempre son tristes, tal vez más que las partidas. Llegar es desolador y deprimente porque nos devuelve a la cotidianidad indolora y nos roba la poca libertad que tuvimos lejos. Fuimos a un café en el segundo piso y me llamaron a mí celular. Ya estaban esperando a Zoraida afuera. Ella se levantó, abrazó a Manuel y le prometió que dentro de poco volverían a verse. Lloraron de nuevo y se juraron permanecer en contacto. Habían planeado reconstruir sus vidas y Manuel la esperaría en Bogotá para rehacer todo desde el principio. Luego de unas palabras más con su hermano, vino hacia a mí. Me miró con sus ojos intimidantes, me abrazó, y me dijo que nunca iba a poder terminar de agradecerme lo que había hecho por ella. Yo le insistí que al único al que tenía que agradecer, era a Dios, porque yo solo había sido su herramienta y pudo haber sido cualquier otra persona. Ella me abrazó y vino con sus labios empapados en sus propias lágrimas a susurrarme algo al oído. “Hay algo que tampoco voy a olvidar nunca. Esa noche en el hotel siempre estará presente en mí memoria”. Yo tampoco voy a olvidar su tatuaje prohibido, le respondí. Se río. Luego se despidió de Sara con otro rutinario agradecimiento, y se fue.

La mujer más hermosa que había conocido jamás salía de ese aeropuerto con su paso siempre tentador y su corazón golpeando duro las paredes de su carne, tanto como el mío, luego de vivir una historia que nunca pensé que tendría la oportunidad de protagonizar.

La miré una última vez antes de que las puertas automáticas se cerraran y ella desapareciera en la distancia. La volveré a ver mujer incógnita, me dije. Luego tomé mi celular y busqué su contacto en la pantalla. CEREMONIA HOTEL. Borré ese nombre y escribí con el tacto de mis dedos “Zoraida Gómez Botero” y abajo en el mismo contacto, añadí una nota más, un recordatorio. “Volver a recorrer ese tatuaje”.